HEROES ESPACIO

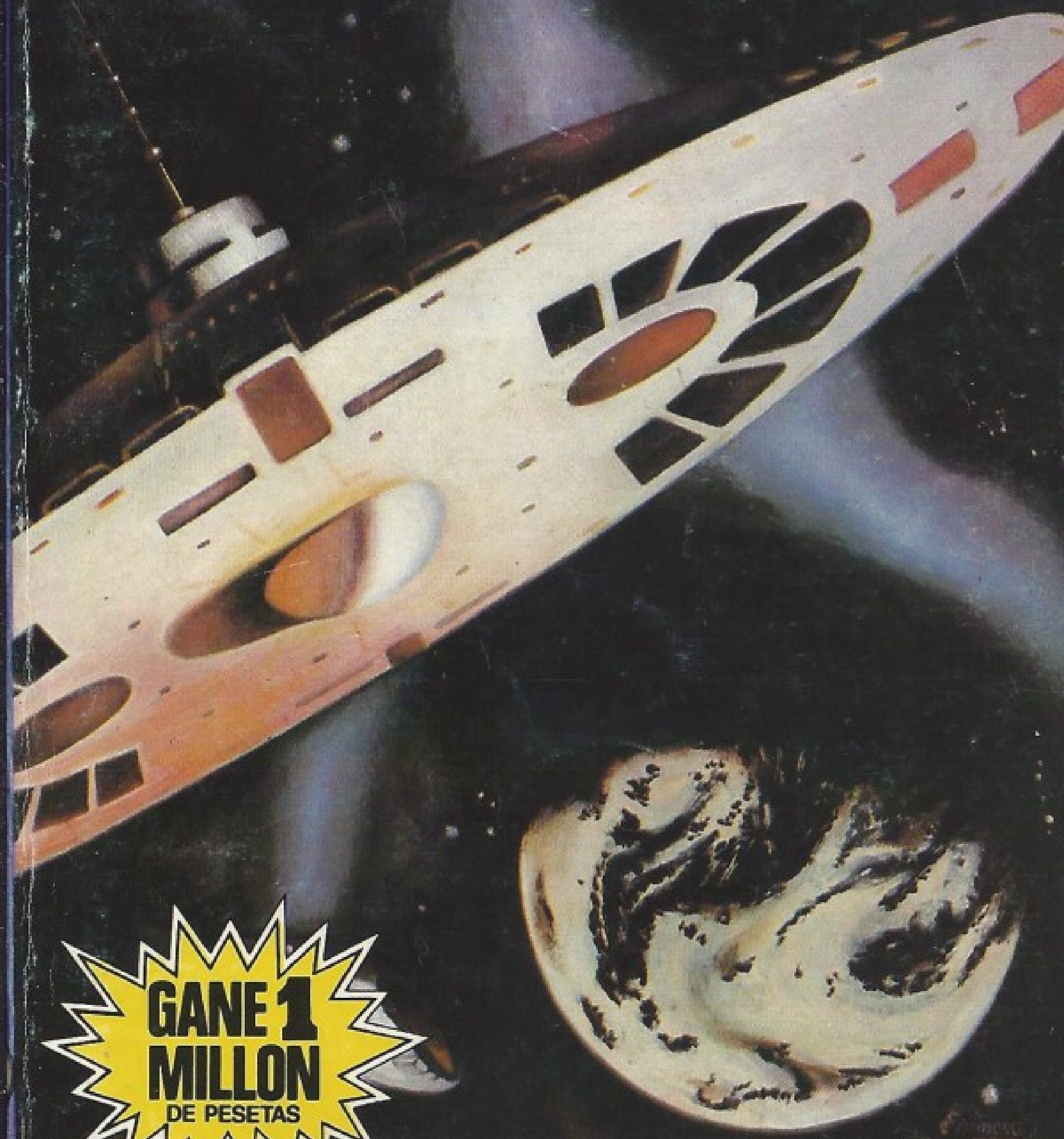
BRUGUERA

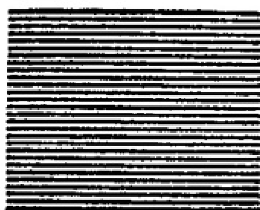
BOLSILIBROS

FUTURO

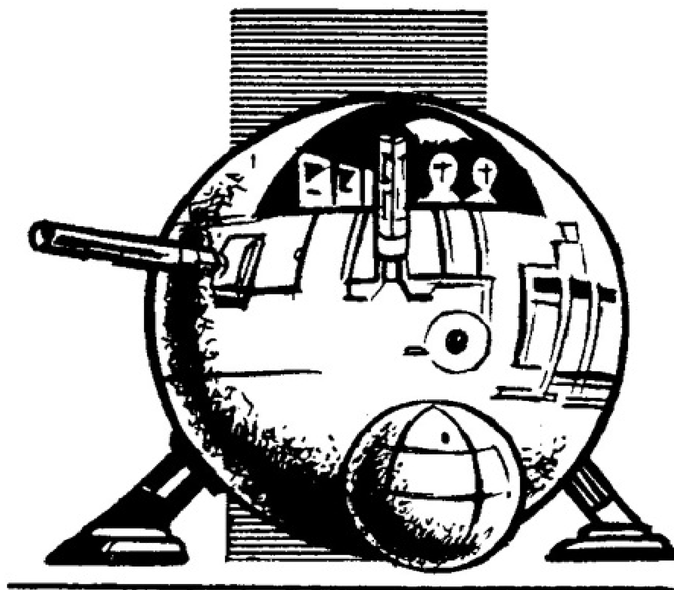
# CONTACTO EN KALAR

ERIC SORENSSEN





# héroes del ESPACIO





ENCONTRARÁ OBRAS DE ESTE MISMO AUTOR
EN LAS COLECCIONES DE
**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**
QUE SE DETALLAN A CONTINUACIÓN

**La Conquista del Espacio**

**Héroes del Espacio**

**ERIC SORENSSEN**

# CONTACTO EN KALAR

Colección
**HÉROES DEL ESPACIO n.º 231**
Publicación semanal

**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**
CAMPS Y FABRÉS, 5 - BARCELONA

1. ª edición en esta colección en España: enero, 1985
1. ª edición en esta colección en América: julio, 1985

Concedidos derechos exclusivos a favor de Editorial Bruguera, S. A.
Camps y Fabrés. 5. 08006 Barcelona (España)



Impreso en España - Printed in Spain
ISBN 84-02-09281-0 / Depósito legal: B. 40.316 – 1984
Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Carretera Nacional 152. km 21,650. Parets del Vallès (Barcelona) - 1985

# CAPÍTULO PRIMERO

En ese año de 2551, la Tierra llevaba ya tres de guerra con Suvur. Algo más de un siglo antes una patrulla exterior terrestre habla descubierto por pura casualidad aquel remoto planeta, asombrándose al comprobar que estaba habitado por seres vivos que salvo diferencias mucho menores que las existentes entre blancos y negros, eran en un todo, idénticos a los seres humanos.

Al principio, las relaciones fueron muy cordiales entre las dos comunidades, pero a poco aparecieron las discrepancias. Principalmente por las colonias que ambos mundos poseían en varios planetas y planetoides, y también en asentamientos artificiales. Se estableció una imaginaria línea divisoria en el cosmos, pero ni aun así se logró la concordia. Una vez los suvurrianos y otra vez los terrestres, denunciaban haber sido víctimas de agresiones en alguna colonia fronteriza.

Lo que en realidad ocurría era que ninguno de los dos planetas se resignaba a ser amo de sólo la mitad de aquel inmenso espacio cósmico, cuando durante tantos siglos habían creído serlo de la totalidad.

Mientras en la Tierra y en Suvur fueron mayoría absoluta en ambos gobiernos los partidarios de la Paz, se mantuvo cierto equilibrio, pero ya a comienzos del siglo XXVI comenzó a empeorar la situación. Grupos cada vez más fuertes y numerosos de ambos planetas exigían la obtención de la supremacía espacial «por todos los medios que las circunstancias requieran».

Los pacifistas, integrados en uno y otro gobierno idearon un medio de comunicación y entendimiento que pareció adecuado para alejar el peligro de la guerra.

Un planetoide casi equidistante de ambas potencias, llamado Kálar fue convertido en área neutral; y se pobló con cierto número de humanos y se envió una cantidad similar de suvurianos. Con ello se pretendía, además de mantener un lugar neutral que permitiera el encuentro y la negociación, que los seres de ambos planetas —casi idénticos en todo, y cuyo apareamiento era biológicamente posible — pudieran conocerse mejor, convivir y, si cabía, unirse y procrear una descendencia común.

El experimento se demostró idóneo y el fantasma de la hecatombe pareció definitivamente desvanecido, hasta que, a mediados de los años cuarenta, un fanático demagogo llamado Looner galvanizó a los más belicistas de los terrestres, incitándoles a la guerra con Suvur para evitar, decía él, que las formas de vida tradicionales de los terrestres fueran arrasadas y ellos mismos convertidos en esclavos.

No bien saberse esto en Suvur, por la totalvisión intercósmica, se produjo la inevitable reacción contra la Tierra. Los que siempre habían sido partidarios de la guerra salieron de su aparente hibernación y proclamaron la necesidad de ser los primeros en atacar, para evitar ser destruidos totalmente.

De forma muy oportuna, y sin que nunca se llegase a saber quiénes habían sido los verdaderos responsables, un asentamiento artificial terrestre y una colonia suvuriana fueron destruidos totalmente, y esa fue la justificación que faltaba.

Durante el primer año de guerra los dos planetas utilizaron su más sofisticado armamento nuclear, por lo que la mutua destrucción fue terrible. Comprendiendo que eso no llevaría a ninguna de las partes a la victoria, sino a ambas a la aniquilación total, ya en el segundo año de guerra se renunció a las armas nucleares utilizándose sólo las anteriores a la liberación de la energía atómica.

En este año de 2551, tercero de la guerra, el agotamiento de ambos contendientes era tan grande que las acciones se limitaban a bombardeos convencionales de las pocas colonias cósmicas en las que aún quedaba vida.

Felizmente, aún en los primeros y peores momentos de la lucha, ambos contendientes habían respetado la neutralidad de Kálar y ese grupo de seres de los dos planetas, ya bastante fusionados entre sí, se constituía en la última esperanza de la Paz.

Tanto el gobierno de Suvur como el de la Tierra, que sólo habían aceptado la guerra obligados por sus respectivos fanáticos, deseaban sentarse a negociar, y Kálar era el lugar idóneo. Pero, hasta que eso ocurriera, la guerra continuaba.

Los vehículos espaciales seguían siendo los más sofisticados, únicos capaces de cubrir en un par de días terrestres la inmensa distancia entre los dos planetas.

Por el lado terrestre, una de estas naves era la CO (de Cosmos) K

217, a la que su tripulación llamaba familiarmente la «Coka», y que, aunque ahora con armamento prenuclear, había sobrevivido increíblemente a los tres años de demoledora guerra.

* * *

—Una hora para el objetivo, comandante.

—Entendido, Batuku.

El comandante Antonio Rodríguez, sentado ante el panel de mandos de la nave, se quitó los auriculares y fue hasta el lugar que ocupaba su segundo e íntimo amigo, el capitán John Garrison.

—En una hora estamos en Suvur —le informó.

El aludido levantó la cabeza de sus papeles. Estaba sentado ante un microordenador, en un ángulo de la amplia sala de mandos.

Habían hecho toda la guerra juntos y ahora el comandan te tenía veintiocho años y su segundo veintiséis, lo que los convertía en viejos, además de superveteranos. De los que, con ellos, iniciaran la guerra tres años antes, sólo un 23% seguía viviendo.

Durante el primer año, el de las armas nucleares, habían sido desintegrados por impactos directos o muertos a consecuencia de las radiaciones un 55% de los combatientes y un 62% de las poblaciones civiles. Con pequeñas diferencias, los porcentajes eran similares en ambos planetas. La mayor proporción de bajas entre los civiles se debía al mayor entrenamiento de los militares e, incluso, a estar mejor protegidos, especialmente en las primeras semanas de guerra, que fueron las que causaron el mayor número de víctimas.

—¿Ya puedes decirme qué bombardearemos hoy, o sigue siendo secreto el objetivo —preguntó John, sin dejar de hacer cálculos.

—Ya puedo decírtelo —sonrió el comandante—. Bombardearemos la central nuclear de la ciudad de Silin.

El segundo levantó la cabeza y miró a su superior.

—¿Y qué ganaremos con eso? —preguntó, algo ingenua mente—. Aparte, claro, de dejar sin luz a la población de... ¿Cómo dijiste que se llamaba?

—Silin. —Ahora la voz del comandante había perdido su ligereza anterior—, John —dijo—, sabes que odio esta guerra tanto como tú. Pero soy un militar y cumplo órdenes.

El capitán lo miró sonriente.

—¿Me lo dices o me lo cuentas? —bromeó, y los dos se echaron a reír.

Después de un intervalo de silencio, y de terminar uno de sus complicados cálculos, inquirió John, mirando con afecto a su superior y amigo:

—¿Cuánto tiempo hace que no ves a Nera?

La respuesta llegó inmediata.

—Tres años, un mes y catorce días —tras un brevísimo silencio, agregó el comandante—: Me pregunto si todavía se acordará de mí. Sólo tenía veintiún años la última vez que nos vimos. Y no puede decirse que fuéramos novios...

—Se acordará —le animó el otro—. De ti nadie se olvida. Algún día terminará esta maldita guerra y podremos ir a Kálar y ver a Nera.

— Yo soy el que tiene que ir a Kálar y ver a Nera —puntualizó el comandante y los dos rieron.

De nuevo serio, preguntó John:

—¿Has tenido noticias de esas conversaciones de paz que, nos dijeron, iban a comenzar pronto?

El comandante negó con la cabeza.

—Yo no logro entender —siguió el segundo, con voz preocupada — cómo es posible que siga esta insensata guerra. Ya se sabe que ni nosotros ni ellos podremos ganarla. Todos los terrestres deseamos la paz y, estoy seguro, lo mismo ocurrirá a los suvurianos. Al menos, así piensan los que viven en Kálar.

—¿Cómo lo sabes, si no has estado allí desde que empezó la guerra?

—Me lo dijo un capitán de Interceptación con quien me emborraché una noche en Uganda. Lo único que quedaba en pie en mil kilómetros a la redonda era la base subterránea en la cual estábamos. En total éramos diez; el saber que no había más seres vivos que nosotros en todo ese inmenso territorio, creaba una especial intimidad en el grupo.

—Y por eso te emborrachaste.

—Por eso y porque tenían una botella de whisky de antes de la guerra. Whisky auténtico, quiero decir.

* * *

—Tres minutos para el blanco.
—Entendido. ¿Has oído, John?
—Sí, Tonio. Estoy preparado.
—Yo me encargo de la nave; tú de las bombas.
—Acertaré en la central nuclear.
El haber adaptado las modernas aeronaves para armamento prenuclear, creaba una infinidad de problemas técnicos. Aparatos diseñados para atacar desde distancias de centena res de kilómetros tenían que acercarse hasta pocos miles de metros del blanco, y lo mismo —pero en sentido vertical-ocurría con el lanzamiento de bombas. Y eso ponía a la nave a merced de las defensas antiaéreas, que contaban con baterías de misiles no nucleares, pero de alta efectividad.
La responsabilidad del bombardeo —y todos los problemas que conllevaba— eran competencia del capitán y mi equipo. Con el comandante Antonio Rodríguez, sumaban doce los hombres de la Coka.
En la pantalla de su objetivador, al que todos llamaban «chivato», apareció nítidamente la imagen de la central nuclear. Según los indicadores del margen, estaban a dos minutos y doscientos kilómetros de ella porque habían reducido la velocidad a seis mil kilómetros por hora.
Un minuto...
Treinta segundos...
Diez...
—¡Objetivo! —gritó John por el intercom, y el contador indicó que treinta bombas de penetración, con un peso de veinte toneladas cada una, estaban cayendo sobre el blanco.
Ahora todos los que disponían de un objetivador tenían sus ojos puestos en la pantalla.
Y lo que vieron no les defraudó.
—¡Blanco directo! —gritó el teniente Alexis Turmanov, siempre el más entusiasta.
Era teniente y jefe de bombarderos, un cargo creado al suspenderse las armas nucleares. Eso de «jefe de bombarderos» era motivo de constantes bromas, porque sonaba prehistórico y ridículo, pero el Mando no había hallado otra designación más apropiada, al

parecer.

Como siempre ocurría, las defensas antiaéreas desplegaban intensa actividad, y mantenían en tensión a todos los tripulantes.

—Blanco directo —informó John al comandante por el intercom —. ¿Qué hacemos?

—Otra pasada y vuelta a casa.

—Entendido.

A doscientos veinte kilómetros del blanco giraron en redondo y se dispusieron a asegurar la total destrucción de la central lanzando sobre ella otras treinta bombas de veinte toneladas.

—¡Objetivo!

El «chivato» mostró a John que, por segunda vez, el blanco había sido directo. Pero mostró algo más: Misiles teleguiados que perseguían a la nave, así como una escuadrilla de pequeños destructores que aparecían por la cola.

—Misiles teleguiados y destructores por la cola —informó el capitán a la tripulación, mientras conectaba la cortina de protección y variaba el rumbo.

Los destructores no constituían gran problema, ya que, aunque bien armados y veloces, tenían un reducido radio de acción.

Pero los misiles teleguiados eran temibles.

Eso pensaba el comandante cuando la nave pareció detenerse un instante, para de inmediato dar un salto como si de un animal enloquecido se tratara.

—Impacto en el reactor —informó con voz neutra Mario Retamales, jefe de máquinas de la nave.

—¿Cuánto tiempo nos queda? —preguntó el comandante. —No menos de tres y no más de seis minutos.

Sólo quedaba una decisión que tomar, y Tonio la tomó. —Aterrizamos en Suvur —anunció.

# CAPITULO II

Pudieron aterrizar sin problemas sobre un inmenso campo bordeado por árboles, pero los destructores volantes estaban sobre ellos. Eran cuatro.

En el interior de la nave, los diez tripulantes se habían concentrado en la sala de mandos, expectantes pero tranquilos.

—Tenemos cuatro destructores evolucionando sobre nosotros, a la espera de que abandonemos la astronave —informó John—. Es evidente que no quieren destruirla.

—Ya les gustaría apoderarse de ella intacta —sonrió Rodríguez —. Pero no van a tener esa suerte.

—Si salimos nos barrerán con sus «minimi».

En la jerga cuartelera así se denominaba a un tipo de arma no nuclear que lanzaba decenas de pequeños misiles por segundo. De ahí el nombre: mini misiles, «minimi».

—Lo sé —respondió el comandante—, y no pienso dar orden de abandonar la nave mientras esos moscones estén ahí.

John lo miró sorprendido, pero no quiso hacer la burlona pregunta que tenía en la punta de la lengua: «¿Cómo diablos vas a hacer para que se vayan?»

El jefe lo sacó de su duda de inmediato.

—Abriremos fuego contra ellos. Sus «minimi» nada pueden contra nuestro cañón y, si se deciden a usar los suyos, se quedarán sin la Coka y no podrán copiar esta maravilla.

Que junto con la Coka volarían todos sus tripulantes era cosa por todos sabida, así que no necesitó decirla.

—Alexis —dijo al jefe de bombarderos, ahora eventual jefe de artilleros—, es tu turno. Sabes que el tiempo corre en contra nuestra.

Saludando, el aludido y sus dos ayudantes salieron a la carrera hasta el emplazamiento del poderoso cañón situado a popa y que tenía un amplio ángulo de tiro. Por su gran potencia permitía enfrentarse a los pesados y ultrablindados intergalácticos de los suvurianos.

Como siempre que entraban en combate, el cañón estaba cargado y listo para la acción, así que el teniente Turmanov sólo tuvo que

conectar el dispositivo automático que detectaba el blanco, apuntaba y disparaba.

Claro que los destructores no se quedaban inmóviles y su velocidad era muy grande, lo que igualaba la lucha. El cañón era más poderoso, los enemigos más veloces, pero se hallaban imposibilitados de disparar sus propios cañones para no destruir la nave, así que tenían que limitarse a esquivar los disparos.

Antonio sabía muy bien que los destructores permanecerían allí sólo el tiempo necesario para dar lugar a la llegada de las tropas de tierra, así que tenía mucha prisa por abandonar la nave.

El cañón logró su primer blanco. Ahora eran tres los destructores que quedaban.

El comandante habló por el intercom con uno de los navegantes.

—¿Visibilidad en el exterior?

La respuesta llegó inmediata.

—Prácticamente ilimitada, señor. -

—¿Por cuánto tiempo?

—Doce minutos; después oscuridad total. Ya sabe que en Suvur no hay crepúsculo, señor.

—Infórmeme no bien haya oscuridad.

Doce minutos eran muchos. La diferencia entre una posibilidad de vida o la muerte segura. Maldiciendo para sus adentros, se dirigió a John.

—Que la tripulación esté preparada para abandonar la nave —ordenó—. Equipo completo: «minimis» portátiles con carga completa y seis fragmentadoras por hombre; también raciones concentradas para seis días.

—Inmediatamente.

Unos minutos más tarde otro destructor fue alcanzado. Quedaban sólo dos, pero había pasado mucho tiempo.

El jefe volvió a comunicar con el navegante.

—Un minuto treinta segundos para oscuridad total, señor.

—A toda la tripulación. Listos para abandonar la nave.

No había tiempo que perder; Tonio programó el sistema de autodestrucción de la Coka —y le dolió muchísimo tener que hacerlo— para que actuara en cuatro minutos.

Volvió a comunicar con el navegante.

—Treinta y siete segundos, señor.

—A toda la tripulación. Abandonamos la nave dentro de un minuto.

—Tonio —apremió John—, pon el «chivato» en aproximación mínima y mira.

El comandante lo hizo para comprobar que, a sólo un par de kilómetros, una patrulla de veloces giroscop se acercaba a toda velocidad. Ahora sí que no se podía esperar más.

—¡Abandonad la nave! ¡Por emergencia inferior!

Oprimió un botón y el piso de la sala de mandos se abrió lo suficiente para permitir la rápida evacuación del aparato. Primero John, después el resto de la tripulación y en último término Tonio, todos saltaron, pisando por primera vez el suelo de Suvur.

Cuando John se disponía a saltar, todavía el sol de los suvurianos, enviaba sus últimos rayos; cuando Tonio posó sus pies sobre el suelo, ya era noche cerrada.

—¿Hacia dónde? —preguntó John a su superior.

Este había estudiado concienzudamente el plano de la región suvuriana en que aterrizara.

—Estamos a menos de un kilómetro de una pequeña población, no sé si destruida o no. Vamos hacia ella.

Se pusieron en marcha en la dirección indicada por el comandante. Avanzaban casi a la carrera porque a sus espaldas oían crecer sin cesar el suave zumbido de los motores de los giroscop.

Se habrían alejado un par de cientos de metros de la nave, cuando los veloces vehículos, que se desplazaban a un metro de altura del suelo y tenían capacidad para ocho tripulantes, llegaron junto a ella.

Tonio calculó que no faltaría más de un minuto para que se activara el mecanismo de autodestrucción de la nave, y decidió cambiar de táctica. Pasar al ataque.

—Alto —indicó al hombre que tenía más cerca, y que pasó la orden a los otros—, ¡Al suelo! —dispuso después, cuando todos estuvieron detenidos.

Unos segundos más tarde, vio, a la luz de los faros de los giroscop, entrar en la nave a varios de sus ocupantes. Las cosas estaban saliendo como él previera. Hizo pasar la voz de que se acercara a él el capitán Garrison.

Cuando estuvo junto a é-1 le transmitió en un susurro el plan que

acababa de imaginar. El otro asintió varias veces.

No hubo estruendo al explosionar la nave; sólo un resplandor que iluminó todo en medio kilómetro a la redonda y después, nada. La energía nuclear liberada había desintegrado totalmente el aparato, pero sin dañar ni a los giroscop ni a los hombres que estaban fuera de la nave. Así debía ser.

El brutal resplandor sirvió a Tonio para calcular el número de soldados suvurianos sobrevivientes. Unos veinte. Y cuatro vehículos.

—¡Adelante! —ordenó.

El, preparado para lo que iba a acontecer, pudo abrir sus ojos tras el deslumbramiento inicial, pero los enemigos, cogí dos por sorpresa, no habían podido descubrirlos a ellos, cegados por el resplandor.

Rodríguez no quería matar por matar. Personalmente creía que esa guerra era inicua y provocada por los fanáticos de ambos lados, así que no aprovechó la sorpresa para aniquilar a los atacantes. En Kálar se había creado un idioma, mezcla del único que se hablaba en la Tierra y del único que se hablaba en Suvur, y que servía de nexo de comunicación entre ambas poblaciones.

En ese idioma, que los bromistas de Tierra llamaban «suvterráneo», se dirigió Tonio a los desprevenidos enemigos.

—¡Ríndanse, están rodeados!

No lo estaban, en realidad, y la oscuridad sólo estaba rota por las luces de los faros. Un oficial suvuriano gritó algo en su idioma, y sus subordinados se dispersaron entre las sombras, mientras los más próximos a los humanos abrían fuego contra ellos.

Todos los agredidos sabían lo que tenían que hacer, sin esperar órdenes. Primero Tonio y de inmediato sus hombres, dispararon sus «minimis».

Un humano había caído al empezar el ataque, y ahora cayeron cinco suvurianos. Sin dejar de disparar, Tonio se lamentaba por tanta matanza inútil.

Un oficial, seguido por dos hombres, se acercó a un giroscop, con la evidente intensión de utilizar el pequeño cañón del vehículo, y Tonio tuvo que olvidar sus pacifistas pensamientos y, gritando a uno de sus subordinados que lo apoyara, corrió hasta las proximidades del vehículo, dispuesto a lanzar una ráfaga contra los enemigos.

Pero el oficial y uno de sus ayudantes estaban ya manió brando

el cañoncito para dispararles, así que no había tiempo de intentar perforar el blindaje del giroscop con ráfagas de «minimi». Sin vacilar, Tonio arrancó una fragmentadora del cinturón especial que las sujetaba y la arrojó hacia el vehículo. El explosivo quedaba activado con sólo quitarlo del cinturón.

Así que el giroscop, con sus ocupantes voló por los aires.

Los suvurianos sobrevivientes, invisibles a causa de la oscuridad, seguían disparando, por lo que ya era tiempo de retirarse.

—¡A los vehículos! —gritó Tonio.

El mismo se dirigió al más próximo. Cubría su acción disparando a la oscuridad.

La puerta de su lado estaba abierta así que subió y se sentó ante los mandos. Conocía perfectamente el manejo porque era una versión militar de un vehículo muy utilizado en Kálar.

Comenzaron a rebotar «minimis» contra el blindaje; Tonio puso en marcha el giroscop y, a mínima velocidad, lo acercó a la posición de sus hombres, como estaba previsto. Con satisfacción vio que John estaba haciendo lo mismo en otro vehículo.

Cubriéndose con fuego de sus armas portátiles, y tras arrojar dos fragmentadoras a la oscuridad, los restantes tripulantes treparon a los vehículos en movimiento. Cuando todos estuvieron a bordo, los giroscop fueron puestos a máxima velocidad y se perdieron en la noche.

—¿Cuántos hombres tienes? —preguntó Tonio a John por el intercom.

Aunque de muy baja potencia, el aparato permitía comunicar con otros situados a no más de medio kilómetro de distancia.

—Tres. ¿Y tú?

—Cuatro.

—Eso significa tres bajas. Por mi parte, han sido Batuku y Retamales.

—Por la mía, Fresnay. Sígueme y corto.

Conectó el detector de vibraciones, pero la aguja no se movió. Era lo que suponía. Los suvurianos sólo disponían de un giroscop y una persecución en la oscuridad les conduciría a una muerte segura. Rodríguez pensó que el jefe había hecho lo que él mismo hubiese hecho en similar situación.

Turmanov se había sentado junto a él para poder manejar el

cañón en caso de necesidad. Ahora, estabilizada la situación, se decidió a hablar a su superior.

—De buena nos libramos, ¿eh, mi comandante?

—Sí, pero mucho me duele haber tenido que destruir a nuestra querida Coka.

—¿Era Ia más antigua nave en servicio?

—No sé si exactamente la más antigua, pero no habría más que una o dos tan viejas como ella en toda la Tierra.

—La echaremos de menos. Y ahora, ¿puedo preguntarle si tiene algún plan para salir de Suvur, señor?

Tonio sonrió. La pregunta no era del todo ortodoxa, pero siempre había permitido algunas libertades al alegre, simpático, pero, por encima de todo, decidido y eficiente Alexis Turmanov.

—Tengo un plan —reconoció.

—Y ese plan incluirá una nave...

Tonio, que había programado el vehículo en la dirección deseada y sólo tenía que preocuparse por echar de vez en cuando una ojeada al panel, se volvió al teniente acentuando su sonrisa.

—¿Se le ocurre algún otro medio para retornar a la Tierra? —bromeó.

—No...

—Pues en ese caso tendremos que seguir confiando en esa nave que sí incluye mi plan.

—Una nave suvuriana, indudablemente.

—Indudablemente.

—¿Y cree usted que los suvurianos nos la proporcionarán gustosos?

—Eso lo sabremos muy pronto.

# CAPITULO III

El resplandor de las luces de la base aérea se veía desde muy lejos. Tonio y John venían manteniendo el silencio radial y los rotores al mínimo con el objeto de no ser detectados por los escuchas, pero sabían muy bien que la base esta ría en situación de alerta, esperando a sus giroscop. De ser así, las cosas se pondrían muy difíciles para ellos.

Como leyendo sus pensamientos, dijo Alexis a su superior:

—La cosa no va a ser fácil.

—Yo nunca dije que lo fuese.

—¿Tiene algún plan, señor?

Tonio negó con la cabeza antes de hacerlo con palabras.

—No. Conocía el emplazamiento de la base, sus defensas antiaéreas y datos por el estilo. Lo que puede interesar a un comandante de una nave cósmica; pero no la atacaremos; sólo disponemos de dos cañoncitos de giroscop y unas cuan tas fragmentadoras, aparte de los «minimi».

Dejaron los vehículos a un par de kilómetros de! objetivo. Aunque los principios vitales eran los mismos y los seres superiores idénticos, la configuración del suelo suvuriano no hubiera podido confundirse con el terráqueo. Caminaban ahora sobre un piso rocoso, pero extrañamente mezclado con partes blandas, sobre las que, sin embargo, no crecía ningún tipo de vegetal. Aunque las anfractuosidades en los macizos rocosos abundaban, no había escondites propiamente dichos para ser utilizados en caso de emergencia.

Los nueve hombres avanzaban desplegados en abanico y con el índice en el gatillo del «minimi». A nadie se le escapaba que eran mínimas las posibilidades de salir con vida de esa aventura. Pero también sabían todos que, de no conseguir de inmediato una nave para escapar de Suvur, su muerte era cuestión de muy pocas horas.

En el mejor de los casos, las que faltaran para el amanecer.

Por orden del comandante se detuvieron echándose al suelo cuando estaban a unos trescientos metros del círculo de luces. No había muros de concreto ni cortina ultralaser ni nada visible que

defendiera el perímetro de la base.

—¿Qué sistema? —preguntó John a su superior, señalando con la barbilla el inmenso recinto iluminado.

—El mejor —respondió el interrogado—. Células autoactivas. Millares de ellas. Ya sabes, reaccionan a todo; a la presión, a la comprensión, al calor, al frío... Reaccionan al paso de cualquier ser vivo, incluso de una cucaracha; en fin, de todo lo que desprenda calor o frío.

—¿Y cuándo entran o salen las naves?

—Se desconectan y vuelven a conectarse por autogestión.

John miró significativamente al comandante.

—O sea —dijo— que lo que estamos esperando es...

—Exactamente —respondió el comandante.

Esperaban que una nave descendiera o se elevara porque, durante un lapso de tiempo de alrededor de sesenta segundos, se autodesconectarían las células, pero no tuvieron tanta suerte.

Tras una angustiosa espera de unos quince minutos, el suelo comenzó a iluminarse aquí y allá.

—Estaban al acecho —susurró Tonio al oído de John—, Lo suponía, pero no podía descartar la posibilidad de que no fuera así. Ahora, inquietos porque no aparecemos, se han decidido a mostrar su juego. Nos están buscando con destellos selectivos.

—Y no tardarán en dar con nosotros.

—Tardarán, porque no nos quedaremos aquí.

John miró sorprendido a su jefe.

—¿Qué quieres decir?

El otro se encogió de hombros.

—Ya que no nos permiten hacer un trabajo fino —se atrevió a bromear—, lo haremos a lo bestia. Regresemos a los giroscop.

Aunque los destellos aparecían por todas partes, pudieron llegar sin ser descubiertos a los vehículos porque no les buscaban tan lejos. Con todo fundamento, suponían que estarían bordeando el perímetro de la base.

En muy pocas palabras, Tonio comunicó a John su plan. Este asintió con la cabeza, tras haber lanzado una mirada escéptica a su jefe, y los dos subieron a sus vehículos, con su respectivo grupo.

Avanzaban a la par, sin sacarse ni un metro de ventaja, porque la simultaneidad era primordial. Eso y la rapidez. Que se activaran o

no las células de vigilancia, poca importancia tenía. Ya no podían contar con la sorpresa. Estaban preparados para recibirlos —en realidad, para ir a buscarlos la ausencia de los giroscop, que debieron advertirles del combate— y, de cada cien posibilidades, noventa y nueve apuntaban que serían totalmente aniquilados.

Pero ellos se apuntaban a la posibilidad restante.

Porque llevaban todo tipo de luz apagada, porque avanzaban a mínima velocidad y, lo más importante, porque la distancia a recorrer era ínfima, pudieron llegar hasta la barrera de células sin ser atacados.

Entonces comenzó el infierno.

Las células se activaron al paso de los giroscop y las baterías automatizadas comenzaron a lanzar sus cargas explosivas, guiadas por termorefracción, hacía los intrusos.

Tonio y John habían previsto esto y, no bien pasar la barrera, aceleraron un tanto la velocidad e imprimieron una marcha zigzagueante a los vehículos. Tenían que encontrar la zona reservada a las grandes naves cósmicas antes que las cargas guiadas los encontraran a ellos.

John fue el primero en descubrir el objetivo y hacia allí enfiló su giroscop. Haciéndose cargo, Tonio lo siguió de inmediato.

Lograron posarse sobre la inmensa pista, a una veintena de metros de la nave galáctica más próxima, sin haber sido alcanzados.

—Ufff... —resumió Alexis, exhalando violentamente el aire contenido en sus pulmones, la tensión que todos habían vivido.

—Lo peor viene ahora —le recordó el comandante para ordenar de inmediato—: ¡Abajo, a la nave!

Corrieron todos hacia ella. John y sus hombres se les habían adelantado unos metros y llegaron antes.

Las baterías automatizadas habían callado, lo que era señal de que la caza del hombre iba a comenzar de inmediato.

Tonio llegaba a la cabeza de sus hombres a la escalerilla de la nave, cuando el sargento Renato Giuliani, experto en reactores y perteneciente al grupo de John, apareció en lo alto de ella. Su rostro estaba alterado.

—¡Imposible, mi comandante! —gritó incoherentemente.

—¿Qué es lo imposible? —se impacientó su jefe.

John y otros bajaban corriendo la escalerilla tras el sargento.

—El reactor... —explicó éste—. Descargado...
—¡Maldita sea! —se enfureció el comandante.
—¡Señor...!
El grito de alerta de Alexis le hizo volverse violentamente. El teniente señalaba hacia el interior de un cobertizo, de donde emergían soldados armados.
—¡Fragmentadoras listas, una por hombre! —ordenó Rodríguez.
Los enemigos aún estaban lejos y no eran muchos, pero el mayor problema era que venían de la parte en la que estaban otras dos naves cósmicas, las únicas a la vista.
Sabiendo que de segundos dependía la supervivencia, Tonio miró a su alrededor. En dirección contraria a los suvurianos —aunque pronto aparecerían otros y otros por todas partes— vio un par de la versión local del Interplanet terrestre. Ignoraba su radio de acción y si podría alcanzar la Tierra, pero no podía correr el riesgo de abrirse paso hasta las dos naves cósmicas para descubrir que también tenían sus reactores nucleares descargados. Claro que lo mismo podía pasar con el Interplanet más próximo, pero por ese lado no había enemigos a la vista, y era un riesgo que valía la pena correr.
Como una confirmación de sus pensamientos, tras los suvurianos que avanzaban lentamente hacia ellos observando todos sus movimientos, apareció un tronador, especie de vehículo blindado de forma circular y provisto de bocas de fuego que apuntaban en todas direcciones. Los terrestres lo llamaban «erizo». Contra él nada podían los hombres.
—¡A esa nave! —gritó Tonio, señalando el Interplanet más próximo.
Al comprender la intención de los humanos, los soldados suvurianos comenzaron a correr hacia ellos. El teniente Turmanov y tres hombres, que custodiaban la retaguardia, lanzaron sendas fragmentadoras al grupo. Por la distancia, sólo cayeron tres enemigos, pero esto frenó su avance.
Frenó el avance de los hombres, pero no del tronador.
Muerto Mario Retamales, jefe de máquinas, el sargento Giuliani se convertía en el número uno de la especialidad, así que Tonio, señalando la nave que ya estaba próxima a ellos, le gritó:
—¡Usted primero!
El corpulento sargento, conocido por su afición a las buenas

mujeres y el buen vino, aceleró la carrera y, visiblemente agitado, trepó por la escalerilla y desapareció en el interior del aparato. Era este de forma redonda, despegue rápido y capacidad para veinte personas, entre tripulantes y eventuales pasajeros. Se le utilizaba habitualmente como enlace rápido entre planetas o asentamientos próximos.

El tronador, pesado, lento y obligado a sortear los obstáculos que representaban las grandes naves cósmicas, proseguía, sin embargo, su avance. Alexis calculó que en poco más de cincuenta o sesenta segundos estaría en condiciones de disparar, ya fuera contra los hombres o contra la nave a la que subieran.

Recordó que él era el responsable de la retaguardia, y tomó su decisión.

Un hombre cayó, alcanzado por un disparo venido de no se sabía dónde. Esto obligaba a acelerar las cosas.

En el interior del Interplanet, Giuliani transmitía una señal de asentimiento por el intercom a Tonio y John, ya sentados ante los paneles de mando de la nave. La convivencia en Kálar, más el aprendizaje obligatorio del manejo de todas las armas y vehículos del enemigo, hacía que los dos oficiales terrestres conocieran perfectamente el manejo de la nave suvuriana, y por supuesto su jefe.

El comandante oprimió el botón que ponía en funciona miento el mecanismo de despegue rápido.

Menos Alexis y sus dos hombres, todos los otros humanos habían subido al Interplanet. Sorteados los obstáculos, el «erizo» se disponía a iniciar el ataque, dirigido obviamente contra la nave.

Para Alexis, había llegado el momento de actuar.

—¡Ustedes a la nave! —ordenó a sus hombres.

Estos le miraron desconcertados, sin entender por qué el teniente no iba con ellos, y ese segundo de indecisión fue fatal para ellos. Una primera descarga del «erizo» acabó con la vida de ambos.

El teniente Turmanov echó a correr al ver caer a sus subordinados. Pero no corría hacia la nave, sino hacia el blindado.

Advertido por los detectores de éste, sus bocas de fuego empezaron a disparar, pero la distancia que los separaba era muy corta. Alexis, con una fragmentadora en cada mano, pareció de pronto aquejado del mal de San Vito. Tan pronto se echaba al piso,

como se levantaba, daba un paso a la izquierda y dos a la derecha, pero siempre avanzando hacia el «erizo».

Al llegar junto a él, una descarga le arrancó literalmente el brazo izquierdo, pero tuvo tiempo de cumplir su cometido. Introdujo la fragmentadora que llevaba en su mano de recha por la boca del cañón de más calibre que pudo encontrar.

La explosión fue tremenda. Deshizo a Alexis y detuvo la marcha del blindado, aunque sin destruirle totalmente y sin matar a todos sus ocupantes.

Pero dio tiempo al Interplanet ocupado por los terrestres para despegar sin inconvenientes.

En el «chivato» de la nave, Tonio y John, con lágrimas en los ojos, vieron el sacrificio del teniente Alexis Turmanov y sus dos soldados.

—La Tierra sabrá de su heroísmo —dijo el comandante a John por el intercom.

Después pidió a su segundo la lista de bajas.

—Mejor será que te dé la lista de sobrevivientes —informó éste con voz sorda, unos minutos más tarde—. El sargento Renato Giuliani, el sargento Lu Chin-Meng, y el navegan te Karl Knudsen. Y nosotros dos, claro.

Tras un instante de silencio, manifestó Rodríguez.

—Acabo de recibir un informe de Giuliani. Al subir, no tuvo tiempo de mirar todos los indicadores; ahora si lo ha hecho. El reactor no tiene carga suficiente para llegar a la Tierra, ni hay en ruta planeta o asentamiento donde podamos reabastecernos.

—¿Hasta dónde podremos llegar?

—En el mejor de los casos, hasta Kálar.

# CAPITULO IV

Durante un buen tiempo los dos mantuvieron sus ojos fijos en las pantallas de los «chivatos». Esperaban y temían ver aparecer una escuadrilla de aparatos suvurianos persiguiéndoles. De ser así, pocas posibilidades tenían, ya que el Interplanet era una nave de transporte, que sólo tenía un par de pequeños cañones a proa y popa, absolutamente ineficaces contra las armas de naves bombarderas o de los mortíferos destructores.

Pero nadie apareció en la pantalla.

—¿Cómo es que nos han dejado irnos sin atacar? —se sorprendió John.

—Hay una sola explicación —respondió su jefe—. No disponían de más aparatos que los cósmicos y éstos. Los cósmicos nunca podrían darnos alcance y los Interplanet son casi inofensivos, aparte de que tampoco podrían alcanzarnos, dada la ventaja que les llevamos.

—Supongo que eso lo explica —dijo John, agregando, con tono de renovado interés—: ¿Qué haremos en Kálar? Si con seguimos llegar, claro.

Hablaban por el intercom, pero podían verse porque sus asientos estaban á tres metros de distancia. Tonio sacudió varias veces la cabeza, y su segundo interpretó correctamente el significado.

—No quieres dejar de intervenir en la guerra, ¿eh?

Tonio asintió.

—Sí, de eso se trata. En Kálar tendremos que entregarnos al Concejo, que nos desarmará e internará en un lugar seguramente muy confortable y aséptico, hasta que termine la guerra.

—Y tú quieres seguir luchando...

—No es fácil de explicar. Yo quiero seguir luchando... porque creo que así podré contribuir a que esta maldita guerra termine antes.

John le dedicó un gesto burlón.

—Eso no se entiende muy bien —comentó irónico.

—No sé si se entiende o no —se impacientó el otro—, pero así es como yo lo siento.

—Y estás en tu derecho, pero... ¿Me concedes a mí el derecho de preguntarte cómo piensas evitar que nos «neutralicen», en el ultra neutral Kálar?

Tonio se encogió de hombros.

—Ya veremos cómo nos arreglamos cuando lleguemos... si llegamos —dijo, y con eso se dio por terminada la conversación.

* * *

—Señor, los operadores de Kálar nos han detectado y me piden identificación.

Tonio respondió con una pregunta a la consulta del navegante Knudsen.

—¿Tiempo para descender?

—Once minutos para Kálar. Uno, la pista más próxima. —Tiempo para descenso directo —especificó Tonio. —Ocho minutos cuarenta y dos segundos.

—Bien. No se identifique. No responda.

—Entendido, señor.

John dedicó una mirada irónica a su superior.

—Te has decidido a jugar al escondite con los pobres y neutrales kalarianos —dijo.

—Algo por el estilo —masculló Rodríguez, comenzando a oprimir botones para el descenso.

Por sus buenas condiciones de habitabilidad y, por supuesto, por hallarse a casi exactamente media distancia entre Suvur y la Tierra, Kálar había sido elegido como punto de encuentro para ambos planetas. Pero cuando eso fue decidido, ese planetoide era un desierto, aunque con inmensas e inagotables fuentes de agua en su interior.

Así que científicos y técnicos de los dos planetas tuvieron que crear una superficie habitable partiendo prácticamente de cero. Después, otra legión de expertos levantó ciudades, y el resultado fue un conjunto bien ensamblado y muy funcional, pero un tanto híbrido, de núcleos urbanos, explotaciones fabriles y agrícolas que eran mitad terrestres y mitad suvurianas. Más o menos lo que ocurría con el idioma, el famoso «suvterráneo».

Pero, híbrido o no, Kálar era un lugar muy agradable para vivir,

y sus ya dos millones de habitantes estaban muy contentos de hallarse allí.

Pero, aunque sólo fuese un planetoide, Kálar tenía extensión suficiente para albergar a diez veces más pobladores, por lo que gran parte de su territorio estaba desértico, o se destinaba a explotaciones agropecuarias extensivas, que en la Tierra habían dejado de realizarse por falta de espacio quinientos años antes.

Sobre una de esas inmensas explotaciones se posó suave mente el Interplanet suvuriano comandado por los terrestres.

Antes de abrir la escotilla, el jefe reunió a los cuatro hombres que constituían ahora toda su tripulación.

—Sabéis que, por encima de todo, la población de Kálar respeta su neutralidad —comenzó diciéndoles—. El Concejo que gobierna el planetoide, formado por un número igual de miembros terrestres y suvurianos, permanece constantemente alerta y no hace excepciones. Nave militar que se pose en su suelo, es inmediatamente incautada, y su tripulación internada. Eso sí, en confortables alojamientos. No es una mala forma de pasar el resto de la guerra. —Hizo una pausa para que el sentido de sus últimas palabras penetrara en el ánimo de sus oyentes, y prosiguió—: Yo, por razones personales, he decidido no entregarme. Intentaré ocultarme hasta que, de la manera que sea, pueda regresar a la Tierra. Eso no será fácil, pero intentaré conseguirlo. Sin embargo, y esto es lo que quería decirles, mi decisión sólo me compromete a mí. Entenderé perfectamente que cualquiera de ustedes, o todos ustedes, decidan presentarse a las autoridades. Lo único que les pido es que esa decisión la tomen de inmediato.

Calló, mirando a todos muy sonriente. También sonrientes, sus hombres le miraron a él.

—Yo me quedo con usted —dijo el sargento Giuliani.

—Y yo.

—Y yo,

—¿Necesitas que te diga que yo también? —concluyó John.

—Bien —resumió Tonio—, ustedes lo han querido. Aquí será muy distinto de nuestra aventura en Suvur. Nadie querrá matarnos a nosotros, y nosotros no queremos matar a nadie, así que dejen todas sus armas en la nave. Por desgracia, no tenemos nuestra ropa de paisanos, así que tendremos que procurárnosla. Con estos monos

brillantes y con el escudo de la Tierra en armas, no llegaríamos muy lejos.

* * *

Desarmados y sin buscar ocultarse porque era de noche y la soledad era total, llevaban algo más de una hora caminando cuando John preguntó a su amigo:

—Nera vive en Kálar Uno, la capital, ¿verdad?

—Sí.

—¿A qué distancia estamos de Kálar-Uno?

El comandante señaló unos montes bajos que se alzaban ante ellos, casi al alcance de sus manos.

—La ciudad está tras esos montes —contestó.

—Vaya casualidad, ¿eh? —fingió asombrarse John.

No obtuvo respuesta.

Ahora caminaban sobre el firme de una carretera y, al pie de las elevaciones, había viviendas.

—Las casas de los que cultivan las tierras —dijo John, señalándolas—. Yo pasé aquí las últimas vacaciones antes de la guerra.

—También yo —murmuró Tonio, agregando—: Pero ahora es mejor que mantengamos la boca cerrada. Cualquiera de estas gentes que nos descubra avisará de inmediato a las autoridades.

John le lanzó una sorprendida mirada de reojo y permaneció en silencio. Comprendía lo que tenía tan nervioso a su jefe, que nunca perdía la calma ante el enemigo. No era la proximidad de los vigilantes kalarianos; era la proximidad de Nera.

Ya muy próximos a las casas comunales de los agricultores, Antonio señaló un bosquecillo, y abrió la marcha hacia él. Un minuto más tarde los cinco estaban sentados en círculo sobre una hierba fina como nunca vieran en la Tierra.

—No bien cruzar las elevaciones que están frente a nosotros —dijo el comandante con voz apenas audible—, llegaremos a Kálar-Uno, la capital del planetoide. Allí vive una... buena amiga que creo nos ocultará. Pero no podemos entrar en la ciudad con estos uniformes, así que... Bien, tendremos que procurarnos ropas de paisano. ¿Alguno de ustedes cree tener aptitudes especiales para esa

tarea?

Hubo risas silenciosas y miradas burlonas. Por fin habló el navegante Knudsen.

—Creo que yo puedo intentarlo, señor.

—Bien. Tanto por no perjudicar en exceso a nadie, como por no levantar inmediatas sospechas, le sugiero que diversifique al máximo sus... proveedores.

--Así lo haré, señor.

Empezaba a incorporarse pero el jefe lo detuvo con un gesto.

—Un instante aún. ¿Alguno de ustedes conocen el idioma de Kálar? —preguntó.

—El suvterráneo —tradujo John.

Los dos sargentos y el navegante negaron con la cabeza.

—En ese caso —resumió Tonio—, sólo hablaremos el capitán Garrison y yo —con su mano invitó a Knudsen a partir—. Buena suerte y buena «pesca», navegante —lo despidió.

Esperaron en silencio. La oscuridad era total y el ambiente agradable. Aunque hombres y animales dormían, parecía desprenderse del entorno una sensación de paz que envolvía a los terrestres, creando en ellos tranquilidad y satisfacción de estar vivos. Algo que creían olvidado para siempre.

Casi media hora tardó Knudsen en reaparecer pero, cuan do lo hizo, traía sus brazos cargados de prendas de vestir.

—No sé si coincidirán las medidas —se disculpó.

* * *

Como en la mayoría de las ciudades habitadas del Cosmos, el tráfico en Kálar-Uno era totalmente subterráneo, así que las calles sólo servían para el paseo y la distracción de los pobladores. Pero, a esas horas de la noche, las calles estaban casi totalmente vacías, lo que no era bueno en absoluto para los terrestres. Con sus monos verdes de agricultores, eran blanco de las miradas de los escasos transeúntes y los también escasos vigilantes.

Uno de ellos se sintió más intrigado que sus colegas y se plantó ante el grupo.

—¿Puedo preguntarles por qué están aquí a estas horas? —preguntó.

Antonio Rodríguez sabía lo suficiente de las costumbres de Kálar para no extrañarse demasiado. Las libertades públicas y privadas eran celosamente respetadas, pero también los horarios. En una noche cualquiera, cinco campesinos vestidos con monos de faena y recorriendo las calles más céntricas de la capital, tenían que llamar la atención.

—Hemos venido a entregar comprobantes de producción —dijo Tonio, con voz absolutamente tranquila y en correcto suvterráneo—. Tenemos familia en la ciudad y nos invitaron a cenar. Después, ya sabe, un poco de charla...

—Pero ¿adónde van ahora? —siguió intrigado el vigilante.

—Hemos resuelto ir andando hasta nuestras casas.. Mejor es ponernos a trabajar no bien lleguemos, y dormir tranquilos después, que dormir un par de horas y tener que levantarnos.

El vigilante sonrió, comprensivo.

—Pensé que podían necesitar un vehículo...

—No, no, muchas gracias.

Todos exhalaron suspiros de satisfacción cuando el amable guardián les vio irse con una mano levantada en gesto de amable y hasta cómplice saludo.

—¿Falta mucho para la casa de Nera? —preguntó John.

—Estamos muy cerca.

La voz de Tonio, tan aparentemente tranquila con el vigilante, era ahora tensa, quebrada. John no volvió a hablarle.

Por fin, unos diez minutos más tarde, el comandante se detuvo ante una casa que en nada se diferenciaba de las otras de la calle, y en muy poco al resto de viviendas unifamiliares de la ciudad, que constituían la inmensa mayoría de las construcciones habitables.

—Aquí es —dijo muy tenso, y se colocó ante el identifik.

La puerta no se abrió de inmediato. Con todos sus músculos contraídos, Tonio permaneció inmóvil ante la pequeña pantalla. ¿No habría nadie en la casa? ¿No viviría ya en ella Nera, quizá porque se hubiese casado?

—¡Tonio!

El nombre, gritado en idioma terrestre, debió oírse en toda la calle. Los hombres se miraron, entre sonrientes y preocupados; John les calmó con un gesto. Fuera del peligro y de la realidad. Nera abrazaba a Tonio como si no pudiera creer que se trataba realmente

de él y no de su fantasma; y el comandante se aferraba a ella como a lo último por lo que valía la pena vivir.

Mucho después ella recordó la guerra, las restricciones, la total neutralidad.

—Pero... ¿Cómo estás aquí? Tus ropas...

—Las hemos robado —sonrió él—. Venimos de Suvur, tuvimos que descender aquí por falta de combustible. Y... Nera, mis hombres y yo dependemos de ti.

La chica, alta y esbelta, que podía haber pasado no inadvertida sino muy admirada por las calles de París o Nueva York, si París y Nueva York hubiesen seguido existiendo, era sin embargo un producto de cruce de habitantes, una kalariana auténtica, hija de padre terrestre y madre suvuriana.

Por una fracción de segundo miró desconcertada a Tonio, sin comprender lo que se esperaba de ella, pero de inmediato reaccionó.

—Tonio, soy tan feliz... Quiero decir que estoy como en un sueño y no me entero de nada. Pasa, pasa... Di a tus hombres que entren.

En Kálar los campos de labor ocupaban la mayor parte de la extensión del planetoide, y había paz. Ambas cosas las recordaron los cinco terrestres cuando Nera llenó para ellos una mesa con manjares tan apetitosos y olvidados en la Tierra, pese a ser oriundos de ella, que tuvieron que preguntar sus nombres y componentes.

Después de unos momentos de conversación, la fatiga se hizo presente en todos los recién llegados.

—Tenéis que descansar —sugirió Nera.

Pero Antonio tenía otros planes.

—Id a dormir —dijo a sus hombres, ignorando la irónica mirada de John.

Cuando la pareja quedó sola, se abrazaron, se besaron y se amaron con la furia y la felicidad de tres arios de separación.

Después, mucho después, dijo Tonio:

—Querida, tenemos que hablar...

—¿Sí? —ronroneó ella mimosamente entre sus brazos.

El hizo que se sentara muy recta.

—Escúchame, no hay tiempo que perder...

Nera le miró, expectante.

—Te escucho.

—Quiero la paz —comenzó él—. Esto te parecerá una

incongruencia. Decir que quiero la paz y disponerme a huir de aquí de cualquier modo para llegar a la Tierra y proseguir la guerra, pero, sin embargo, es así. Creo que yo, y otros hombres como yo, los que hemos matado y visto morir, los que estamos hartos de tanta carnicería inútil, somos los más indicados para convencer a nuestros gobiernos de la necesidad de acabar de una vez con esta...

—Pero ¿acaso no lo sabes? —le interrumpió ella.

—¿Qué es lo que debería saber?

—Que pasado mañana comienzan aquí las negociaciones de paz. Ya han llegado las dos delegaciones.

Tonio la miró exultante de alegría.

—Después de saber que aún me quieres, esa es la mejor noticia que podía recibir. ¿Quién encabeza la delegación terrestre?

—Un tal Toshio Karamura. Dicen que es...

—¿Toshio Karamura? ¡Pero si yo lo conozco muy bien! Estuve con él durante bastante tiempo en Tokio, antes de la guerra. Si él está aquí, ya no puedo seguir ocultándome. En cuanto sea hora apropiada iré a verlo y a ponerme a sus órdenes.

# CAPITULO V

A primera hora de la mañana siguiente el comandante informó a sus hombres de las novedades. Y John opuso una objeción a su plan de no seguir ocultándose.

—Por más amigo tuyo que sea, Karamura cumplirá con su obligación de entregarte... de entregarnos, a las autoridades. No podrás hacer nada por la paz y la entrega resultará totalmente inútil.

Los dos sargentos y el navegante estaban básicamente de acuerdo con John. Tonio consideró la situación en silencio durante un par de minutos y después dijo:

—Partiremos la diferencia —los otros lo miraron sin en tender—. Lo que quiero decir —aclaró— es que yo iré a ver a Karamura, digamos de incógnito. Ustedes permanecerán ocultos aquí. Si me descubren, diré que he llegado solo a Kálar.

Así quedó acordado. Cuando Nera fue informada de la decisión, insistió en acompañar a Tonio.

—Solo, te cogerán en pocos minutos. Y, en resumidas cuentas, ¿qué puede molestarte que yo te acompañe?

Era imposible resistirse a la bella y encantadora muchacha.

Un monoraíl subterráneo les dejó en pocos minutos bajo el Galaxia, lugar donde se alojaba la delegación terrestre.

—Esta noche se celebra la cena de recepción a las dos delegaciones —recordó Nera a Tonio, mientras se dejaban llevar por el plano inclinado ascendente—. Mañana comenzarán las deliberaciones, así que supongo que tu amigo Kara mura no estará muy ocupado hoy.

—No será fácil llegar hasta él sin identificarme previamente.

Ella consideró durante unos segundos el problema y expuso después:

—A estas horas aún debe estar en su habitación. Le esperaremos en el gran vestíbulo. Más pronto o más tarde aparecerá por ahí.

—Pero sus custodios no me permitirán...

—¿Custodios? —Ia chica lo miraba asombrada—. ¿Olvidas que estamos en Kálar? Aquí no hay custodios ni nada que se le parezca. No se necesitan, pero, además, no están permitidos.

—Qué bien vivís en Kálar —fue todo lo que al joven se le ocurrió decir.

Habían llegado al inmenso distribuidor del *Galaxia*; decenas de personas iban y venían por él, saliendo de uno de los bares, entrando en los elevadores o simplemente observando los productos ofrecidos en dos docenas de escaparates.

—Habrá que tener los ojos bien abiertos —opinó Tonio, viendo tanta gente.

—Primero averiguaré si Karamura está aquí —decidió ella.

Se acercó a un contestador, pulsó un par de botones, escuchó la respuesta y regresó junto al comandante.

—El señor Karamura aún no ha bajado de su habitación —informó, simulando la voz metálica del contestador.

—Esperaremos a que baje —respondió Tonio, con la misma voz.

Casi una hora más tarde, tres hombres salieron de un elevador y el comandante, señalando a uno de ellos, dijo a Nera muy excitado:

—Ese es Karamura.

A grandes pasos, se acercó a él.

—Señor Karamura...

Los otros dos hombres se interpusieron entre él y el dele gado, pero más se necesitaba para detener a Tonio.

Apartó al que tenía más cerca.

—Señor Karamura, ¿no me recuerda?

El aludido, un hombre de mediana estatura y unos sesenta años de edad, vestido con gran elegancia, le miró inexpresivamente.

—Tokio, dos años antes del inicio de la guerra. La Comisión de Estudios Intergalácticos. Usted la presidía y yo representaba a los comandantes de naves cósmicas.

—Yo presidí la Comisión de Estudios Intergalácticos —admitió Karamura, con voz impersonal que desconcertó a Tonio.

—Soy el comandante Antonio Rodríguez, tiene que acordarse de mí. Durante dos meses nos vimos todos los días y por lo menos una docena de veces comí o cené en su casa. Su esposa...

—No moleste más al señor Karamura —intervino uno de los acompañantes, empujando con su cuerpo a Tonio.

Pero éste lo apartó de un manotazo.

—Soy Antonio Rodríguez —repitió.

—Yo no le conozco a usted —dijo Karamura, con su voz

impersonal.

—Ya lo ha oído... —empezó el otro acompañante.

—Señor Karamura, quiero ponerme a sus órdenes —interrumpió nervioso Tonio—. Cumplí una misión en Suvur, inutilizaron mi nave, me apropié de una del enemigo y, por falta de combustible, descendí aquí. No me he entregado por que quiero seguir luchando por la paz; al saber que usted...

—Detengan a este hombre —ordenó inesperadamente Karamura, señalando a Tonio.

Los dos custodios o lo que fuesen quedaron tan sorprendidos como el propio comandante al escuchar tan insólita orden. Los tres miraron a Karamura, pero Tonio fue el primero en reaccionar. Le era imposible comprender la actitud del delegado, primero negando conocerle y después ordenan do su detención, por lo que se inquietó.

Dando media vuelta, echó a correr hacia el plano inclinado descendente. Los custodios se lanzaron tras él, pero Nera, que había seguido atentamente las incidencias del encuentro, aunque no podía oír la conversación, se levantó apresurada mente de su asiento y se cruzó en el camino de los perseguidores. Le valió perder el equilibrio y caer al piso en posición harto desairada, pero uno de los tipos fue a dar contra el respaldo de un descansador y el otro perdió varios preciosos segundos en luchar por mantenerse en pie.

Cuando llegaron abajo, sólo alcanzaron a ver la cola del monoraíl que se había llevado a Tonio.

* * *

—John, ese hombre no es Karamura.

—¿Qué dices?

Los padres de la chica, que la noche anterior habían aceptado complacidos ocultar a los humanos, ahora no estaban y Tonio, no bien llegar, había llevado a su segundo al despacho del dueño de la casa, situado en el piso alto. Nera aún no había llegado y Giuliani, Lu-Chin-Meng y Knudsen jugaban a cartas en el salón.

—¿Qué quieres decir? —insistió John.

—Que el que se hace pasar por Karamura es un impostor. No me ha reconocido.

—Pero eso es imposible. Ha venido desde la Tierra enviado por

el Gobierno…

—El Gobierno envió al auténtico Toshio Karamura, que no es éste. A saber lo que ha sido del auténtico.

John miró especulativo y preocupado a su superior.

—Explícame lo que estás pensando —pidió.

En ese momento se oyó abrir la puerta de calle y Tonio salió al rellano.

—Es Nera —dijo al regresar junto a John.

—Dime lo que estás pensando —repitió éste.

—Pienso que hay algo muy grave en todo esto. Si quieres que te sea sincero…

Abajo se oyeron voces confusas. El ruido de la puerta al abrirse con cierta violencia y un grito ahogado de Nera fue ron de inmediato sofocados por voces autoritarias que hablaban en suvterráneo.

—Los vigilantes —susurró Tonio—. Nos han descubierto.

—¿Qué hacemos?

—Ocultarnos. Ahora tengo una misión que cumplir. Nuestros hombres serán bien tratados.

Miraron en derredor.

—La ventana —decidió el comandante, señalándola.

La abrieron; daba a un pequeño jardín posterior. No había vigilantes a la vista y la altura era de unos cuatro metros, con un pequeño saliente en la pared casi a media altura. Cuidando de dejar cerrada la ventana lo mejor posible, Tonio y John se deslizaron hasta el saliente y desde allí saltaron sobre la hierba suave.

Respetuosos acérrimos de la ley y las libertades públicas, como todos los funcionarios de Kálar, los vigilantes se comportaron en todo momento con gran corrección.

—¿No hay otros humanos en la casa? —preguntaron a los prisioneros, tres hombres de la destruida Coka.

Estos no entendieron las palabras, pero sí su sentido, y se apresuraron a negar vigorosamente con sus cabezas.

—¿Nos permite revisar la casa? —dijo el jefe a Nera, que se mordía nerviosamente el labio inferior, apoyada contra una pared.

Negar la autorización habría sido igual que confesar que había más humanos ocultos, así que ella permaneció en silencio, lo que fue tomado como una aceptación.

La búsqueda se redujo a echar ojeadas en las habitaciones del piso superior y en el resto de las del piso inferior, y no duró más de diez minutos. Al cabo de ellos la patrulla saludó a Nera y se fue, llevándose a ¡os prisioneros, que se despidieron con sonrisas, apretones de manos y guiños de la chica.

—Le será aplicada una multa por ocultar combatientes, señorita —dijo el jefe de los vigilantes desde la puerta.

Ella asintió lentamente.

No bien quedó sola y se aseguró de que no podían verla desde el exterior, corrió al piso alto.

Cuando, confundida y atemorizada, regresó al salón, se encontró con Tonio y John que acababan de entrar en la casa por una puerta posterior.

—Se han llevado...

—Sí, lo hemos oído.

Nera se dejó caer sobre un sillón.

—La culpa ha sido mía —murmuró con desconsuelo—, de alguna manera se han enterado de vuestra existencia y me han seguido.

Tonio la detuvo con un gesto.

—De acuerdo en que te han seguido —contestó—, pero eso no ha ocurrido por casualidad.

—¿Qué quieres decir? —preguntaron casi al unísono Nera y John.

El comandante se dejó caer sobre un mullido sillón frente a Nera y, con John sentado en otro, comenzó a hablar dirigiéndose a la mujer.

—Ya has visto lo que pasó en el Galaxia...

—Sí, me puse delante de los que te seguían.

El la premió con una sonrisa.

—Ya me decía yo que algo tenía que haber pasado' para que se demoraran tanto —dijo y después, de nuevo serio—: Nera, el hombre al que hablé no es Karamura.

—No te entiendo...

John asintió con la cabeza, adhiriéndose a las palabras de la chica.

—Os diré So que pienso, por fantástico que pueda parecer. Aunque el Gobierno terrestre quiere la Paz, Looner aún tiene mucha fuerza, especialmente entre las fuerzas espaciales. De alguna manera

ha conseguido coger prisionero a Karamura y —le costaba seguir —... y creo que el ser a quien yo vi hoy es una reproducción biónica del auténtico.

Nera abrió la boca para decir algo, pero se quedó con ella abierta y en silencio. John fue más locuaz.

—Tonio, sé que se han hecho numerosos seres biónicos en la Tierra y que se ha logrado crear reproducciones exactas del original, pero tú sabes tan bien como yo que esos seres carecen de inteligencia propia. O son gobernados por uña central o apenas pueden balbucear palabras muy simples.

—O están dotados de un básic que íes permite desenvolverse en situaciones sencillas.

John asintió.

—De acuerdo —dijo—, pero ¿tú llamarías «situación sencilla» a presidir por parte terrestre una reunión en la que se intentará lograr la paz con Suvur?

—Por supuesto que no.

Nera y John miraron desconcertados a Tonio, que acababa de hacer su tajante negativa.

—¿Entonces? —preguntó el segundo.

—Muy sencillo. Cuando llegamos aquí y empecé a hablar contigo, aún no veía las cosas claras, pero la llegada de los vigilantes me lo aclaró todo. Los hombres que aparentemente acompañan o protegen, pero en realidad dirigen, al supuesto Karamura, me denunciaron a los vigilantes y te hicieron seguir —miró a Nera, que asintió—. Bien, esto se entiende perfectamente, pero volvamos a lo de la «situación sencilla» —ahora le tocó a John el turno de asentir —. Es evidente que un biónico no está ni remotamente capacitado para realizar un trabajo intelectual tan complejo como el que exige una conferencia. «¿Entonces?», preguntabas tú, John. La respuesta es muy sencilla: No habrá conferencia.

—¿Quieres decir...? —empezó a entender el capitán.

Su jefe asintió con la cabeza y después lo explicó con palabras.

—La misión del falso Karamura..., y que es falso no lo dudéis ni un instante porque no me reconoció aunque yo le proporcioné todos los datos necesarios... La misión del biónico es, repito, no participar en una conferencia de paz, sino hacer imposible la paz.

Sus dos oyentes asintieron lentamente.

—Sí —refirmó Tonio—. Producir un acto tan grave que aleje por mucho tiempo la posibilidad de paz entre los dos planetas.

—¿Cuál podría ser ese acto? —preguntó John.

El comandante comenzó a abrir sus manos en gesto de ignorancia.

—No puedo saberlo... —empezó, pero se interrumpió y rectificó de inmediato—: Bueno, no podemos saberlo, pero podemos imaginarlo. Tiene que ser algo de extrema gravedad, de realización rápida y, me atrevería a decir, fácil.

—¿El asesinato de quién? —resumió John.

—Del presidente del Consejo de Kálar, por ejemplo... No, no, qué tonto soy. La víctima lógica e inmejorable es el presidente de la delegación de Suvur.

—Alt Palar —nombró Nera.

Tonio afirmó varias veces con la cabeza.

—Palar, o como se llame. Esa es la víctima ideal.

John consideró durante unos segundos la posibilidad y después, siempre práctico, preguntó:

—¿Qué podemos hacer nosotros?

Esto lo tenía muy claro el comandante.

—Cuando se llevaban a nuestros hombres te dije que tenía una misión que cumplir —recordó a su segundo—. Por eso me oculté y nada hice para protegerlos. Porque más im portante es esa misión. —Miró rectamente a John—. Sólo tú y yo podemos evitar una catástrofe total. Si él magnicidio se consuma, los suvurianos recurrirán sin duda a sus armas nucleares... y los terrestres harán lo propio, claro. Será el final del final.

—Estoy de acuerdo contigo —matizó John—, pero aquí estamos los dos sin tener la más remota idea de cuáles pueden ser los planes del Karamura ése o, mejor dicho, de sus programadores...

Rodríguez le interrumpió con un gesto.

—De acuerdo que no tenemos la más remota idea —admitió—, pero podemos pensar.

Los otros lo miraron intrigados.

—En primer lugar —siguió—, el atentado tiene que ser hecho en un lugar público y bien visible. Así no quedarán dudas sobre la autoría, y el efecto será total e inmediato. Lo ideal sería que ocurriera ante las mismas células de la total visión intercósmica —se

dirigió a Nera—, ¿Han saludado ya las delegaciones al Gobierno de Kálar?

—Sí, lo hicieron ayer por la tarde. Ahora sólo media la cena de gala de esta noche hasta la inauguración de la conferencia.

Tonio apuntó su índice hacia ella,

—Entonces no hay más que dos posibilidades —dijo—, O la cena de gala, o la inauguración de la conferencia. Y yo, personalmente, me inclino por la cena y, más exactamente, por el momento de los brindis.

—Pero el biónico no podrá hablar,., —objetó John.

—No tendrá necesidad de hacerlo. Si todo ocurre como imagino, cuando le toque el turno, en lugar de unos papeles sacará de sus ropas una fragmentadora o lo que sea y Ia arrojará contra el presidente de la delegación suvuriana.

—Una fragmentadora no mataría solamente al blanco elegido, también a todos los que estén en la mesa, incluido el que la lanzó.

—¿Y qué puede importarle a un biónico morir y matar? —objetó Antonio arrancando sonrisas de sus oyentes.

—¿Qué has decidido que hagamos nosotros para impedir que el biónico realice lo que habrán programado? — preguntó John.

—Hombre, decidir, lo que se dice decidir... Por lo pronto, tendremos que estar en el banquete, eso es indiscutible.

—¿Y cómo haremos?

—Eso no será tan difícil de lograr, ¿sabes servir la mesa?

John sonrió.

—Puedo aprender, si tú me enseñas.

—De acuerdo, haremos prácticas más tarde.

—Entiendo que tu plan es estar allí y, cuando el biónico se disponga a actuar, anticiparnos nosotros.

—Así es. Necesitamos que todos vean lo que el biónico se disponía a hacer para que no crean que estamos locos, nos reduzcan y los tipos se salgan con la suya más tarde o al día siguiente.

—De acuerdo, pero el interrogante: ¿con qué destruiremos o, al menos, anularemos al biónico? ¿Con las manos? ¿O con las fuentes de comida?

Nera sonrió y Tonio le hizo eco.

—Habrá que conseguir armas —concedió.

—¿Iremos a la nave a por ellas?

—No, es demasiado arriesgado. Casi con seguridad la nave debe haber sido descubierta.

—¿Con qué arma se puede destruir a un biónico? —preguntó Nera.

—Eso depende del tipo de biónico que sea —era John quien respondía—. Si es de los llamados «parahumanos», cualquier arma mortal para nosotros lo es para ellos. Si está provisto de control a distancia o de un básic…

—Y éste tiene que ser el caso —acotó Rodríguez—, por que el pretendido Karamura puede armar frases y contestar con coherencia. No olvides que me dijo «Yo no le conozco a usted».

—Bien, en ese caso la cuestión es algo más complicada. Hay que disparar balas lo suficientemente penetrantes como para que atraviesen el blindaje de su caja de mandos, que tanto puede estar en la cabeza como en el pecho. Desde luego, lo ideal es lanzar una fragmentadora…

—Eso descartado —intervino Tonio.

—Por supuesto, por supuesto. Pues tendrá que ser algún tipo de pistola perforante, ya que el «minimi» es demasiado grande para ocultarlo bajo el uniforme de camarero.

—Los vigilantes utilizan un tipo de disparador pequeño pero muy potente cuando algún conductor enloquece en los subterráneos y hay que matarlo para evitar una catástrofe. El arma tiene que ser potente porque perfora los blindajes de los vehículos.

—¡Esa es nuestra arma! —se entusiasmó John, para agregar de inmediato mucho menos animado—: Pero ¿dónde podremos conseguir una?

—Bueno —dijo Nera con tono indiferente—. Muy cerca de aquí hay un cuartelillo de los vigilantes…

## CAPITULO VI

El cuartelillo era de los más pequeños y, lo más importante, en Kálar nunca pasaba nada, así que la vigilancia era mínima y rutinaria. Antonio y John, vestidos con ropas ciudadanas provistas por Nera, entraron junto con ella en la parte destinada a atención al público, sin que nadie les prestara la menor atención.

—Vengo a pagar una multa —dijo la chica al informador más próximo.

—Piso tres, puerta trescientos ocho —le respondió la voz metálica del aparato.

Los tres se encaminaron hacia los elevadores, pero antes de llegar a ellos susurró Nera:

—Las armas tienen que estar en los sótanos.

El comandante asintió como si no diera importancia a la información.

Subieron los tres hasta el piso tercero.

—Aquí nos separamos —dijo Antonio a la chica.

Los dos hombres descendieron en el aparato hasta el primer sótano —había tres señalados en el tablero de mandos del elevador—, saliendo a un corredor con puertas cerradas a ambos lados.

—Por algún lado tiene que haber un plano inclinado para emergencias —susurró Antonio.

Tenía que haberlo porque todos los edificios de la Tierra y de Suvur lo tenían. Y, en efecto, pronto lo encontraron.

—Empezaremos por el tercer sótano —dijo el comandante.

Descendieron por el plano hasta su final y allí encontraron un garaje subterráneo, la central de termorregulación y otras instalaciones. Un mecánico que ajustaba algo les miró con curiosidad, pero no dijo nada.

—No es aquí —anunció lacónicamente Antonio.

Subieron por el plano inclinado hasta el segundo sótano.

Ante una puerta cerrada montaba guardia un vigilante.

—No pueden permanecer aquí —les advirtió.

Esa prohibición los convenció de que allí debía estar lo que buscaban.

—Pues mire usted… —empezó Rodríguez en su mejor suvterráneo y adelantándose hacia el guardián.

Habían previsto situaciones como ésta y tenían preparado su plan de acción. Mientras el jefe seguía avanzando, John, como acometido por repentina locura, salió disparado hacia el vigilante. Este, estupefacto, demoró un segundo en reaccionar, tiempo más que suficiente para que John le propinara un fuerte puñetazo en la mandíbula que dio con él en el suelo.

El vigilante tenía en su cintura uno de los disparadores que los humanos buscaban, pero el comandante negó con la cabeza ante la muda pregunta de su segundo.

—Sólo si no encontramos otro —dijo, buscando el mecanismo que abría la puerta que el caído estaba custodiando.

Lo encontró sin dificultad porque era del tipo más simple —un botón en la pared, apenas disimulado—, y la puerta giró lentamente sobre sus goznes. Era el arsenal que buscaban. Arrastraron al caído hasta el interior para evitar que fuera visto en el corredor.

Cogieron sendos disparadores y hasta un par de explosivos manuales similares a las fragmentadoras terrestres cada uno. Y cuidaron especialmente de dejar todo en orden para retrasar lo más posible el descubrimiento del hurto.

Después salieron, sacando al corredor al todavía desvanecido vigilante por miedo a que el aire enrarecido del arsenal pudiera afectarle. No había nadie en el exterior y nadie los molestó hasta salir del edificio.

Afuera los esperaba Nera, muy sonriente.

—¿Todo bien?

—Todo bien. Pero tuvimos que golpear a un vigilante.

Ella frunció el ceño.

—Hum… Ese es un grave delito.

—Custodiaba el arsenal. Tuvimos que hacerlo. Si ocurre esta noche lo que suponemos y nosotros somos capaces de evitar el asesinato, sin duda seremos perdonados por este delito.

—Pero mejor será que nos ocultemos hasta la hora del banquete —advirtió John.

—Y no en tu casa, Nera —agregó Rodríguez—. Pueden habernos visto juntos en el cuartelillo o, simplemente, relacionar este ataque con los humanos encontrados ayer en tu casa.

—Sí, tenéis razón —accedió Nera—. No iremos a casa.

—*Nosotros* —corrigió su pareja— no iremos a tu casa. Tú sí que irás.

—Puede que vaya más tarde, pero no hasta que estéis a punto de ir al banquete. Solos os cogerán muy pronto. Buscan a dos hombres, no a dos hombres y una mujer. Además, yo sé dónde llevaros.

Los llevó a un gigantesco parque de atracciones, donde pasaron todo el día realmente divertidos.

* * *

El banquete se realizaría en el Centro de Recepciones, un inmenso palacio construido al estilo impersonal de Kálar, pero con capacidad para veinte mil comensales en su salón principal, y dotado de todos los adelantos del confort.

En materia gastronómica, y en Kálar, esto significaba que se había vuelto a las costumbres suvurianas y terrestres de seiscientos o setecientos años atrás. A finales del siglo XX —Era Cristiana de la Tierra, correspondiente al CXII suvuriano— comenzaron los terrestres a consumir comidas previamente congeladas. A mediados del XXI, el servicio humano en los lugares de restauración gastronómica fueron suplantados por robots y las comidas eran todas congeladas. Un siglo más tarde, ya con producciones agrícolas francamente insuficientes, comenzaron a popularizarse los alimentos sintéticos, que tenían la ventaja de poder consumirse en cualquier par te, ya que en su mayoría eran tabletas comprimidas, como las del antiguo chocolate.

Así seguía siendo —y peor— en la Tierra, pero en Kálar, con tierras cultivables y prados para alimentar animales más que suficientes, se había vuelto a los siglos XVIII y XIX terrestres, cuando los banquetes incluían media docena o más de platos y eran servidos por largas filas de camareros. Y las comidas estaban preparadas con ingredientes frescos y naturales, por supuesto.

Pero lo que más importaba a Antonio y John era el crecido número de camareros que servirían las mesas tendidas esta vez para dos mil comensales.

Guiados hasta la entrada del personal por la eficiente mano de Nera, pudieron colarse al interior sin el menor problema, siguiendo

a los nutridos grupos de hombres y mujeres que caminaban hablando muy animadamente por el largo y muy ancho corredor que conducía a los vestuarios y otras dependencias de servicio.

Dejándose llevar, muy pronto encontraron los lavabos, lugar en el que deberían ocultarse hasta el momento de entrar en acción. Tendrían que reducir a un par de camareros y ocupar sus lugares, ya que el número estaría bien contado y ellos carecían del uniforme adecuado; pero eso convenía hacerlo lo más tarde posible, para evitar que los hombres amordazados y atados fueran encontrados antes de tiempo.

Decididos a esperar con filosófica paciencia, ocuparon retretes contiguos y se sentaron sobre los inodoros. Nera había dicho que los banquetes duraban entre dos y tres horas.

* * *

Alrededor de una hora y media más tarde, el comandante se puso en pie y, mientras flexionaba brazos y piernas, anunció a su vecino:

—Iré a echar una ojeada. Vuelvo en seguida.

—Espero que lo hagas —dijo el otro, masticando un bostezo.

Rodríguez comenzó por acercarse a las cocinas. Allí la actividad era febril. No menos de un centenar de personas, entre cocineros y ayudantes, se afanaban aderezando, asando, revolviendo, cociendo, cortando, probando y sirviendo. Decenas de camareros entraban y salían continuamente cargados con grandes fuentes llenas o vacías. Todos vestían sus blancos y totalmente asépticos uniformes, por lo que las ropas de calle de Antonio destacaban peligrosamente.

Pero él tenía que echar una mirada al comedor para calcular el tiempo que faltaba para entrar en acción, así que retrocedió hasta los vestuarios, en busca de algún uniforme olvidado, pero no tuvo suerte.

Volvió a la cocina y abordó a un camarero que descargaba una cantidad de platos sucios en la lavadora.

—Soy de la delegación terrestre —dijo, en pésimo suvterráneo—, ¿cuánto falta para los brindis?

El otro lo miró con extrañeza, pero dio la información requerida.

—Un plato más. Alrededor de veinte minutos. Media hora, mejor.

Antonio agradeció, comprobó que el camarero no comentaba con nadie el hecho, y regresó a los lavabos.

—En marcha—dijo a su adormilado compañero.

Era cuestión de esperar que algún camarero —dos, en realidad— sintiese imperiosa necesidad de ir a los retretes.

Uno llegó a los ocho minutos de espera.

Para el segundo tuvieron que morderse las uñas durante veinticinco interminables minutos, y ya estaba Antonio a punto de ir solo al comedor, cuando apareció por fin la víctima propiciatoria.

Pasaron por Ia cocina, fueron cargados con sendas fuentes de exquisitos postres y por fin penetraron en el inmenso comedor, engalanado con una gran bandera de Kálar, flanqueada por las de Suvur y Ia Tierra.

Los camareros ya estaban llenando las copas con el burbujeante espirituoso; el brindis era inminente. Los dos humanos se miraron exhalando suspiros de satisfacción. Unos mi ñutos más, y hubieran llegado tarde.

Los dos mil invitados estaban sentados ante cuatro largas mesas. El centro de la de honor lo ocupaba la delegación terrestre y medio gobierno de Kálar, teniendo enfrente a la delegación suvuriana y la otra mitad del gobierno local. Karamura era bien visible y hablaba y sonreía con, al parecer, gran animación.

Mientras se encaminaban lentamente hacia el lugar de honor, John preguntó, señalándolo con la barbilla:

—Antonio, ¿estás seguro?

—Absolutamente. Pero no sufras; sin él ninguno de los que le rodean hace nada sospechoso, nada haré yo.

No volvieron a hablar. Simulando observar que todo estuviera en orden en la mesa, el comandante siguió acercándose al lugar que ocupaba Karamura, por el lado opuesto de la mesa.

Cuando estaba a unos diez metros, comenzó a pedirse silencio por el sistema de megafonía. Las cámaras de la total visión, colocadas en lo alto y manejadas por control remoto, empezaron a buscar las figuras principales.

Al llegar a cinco metros del lugar de honor, el silencio era total y Karamura, sonriendo a sus vecinos, comenzaba a incorporarse.

A los tres metros Karamura estaba totalmente de pie y se llevaba la mano derecha al interior de su chaqueta de gala.

Cuando el comandante llegaba frente a él, la mano salió empuñando una fragmentadora.

Las sonrisas se petrificaron en los rostros más próximos y los cuerpos quedaron inmovilizados por el terror.

Pero Rodríguez mantenía sus reflejos muy en forma. Extrayendo el disparador, hizo fuego dos veces: a la frente y al pecho.

El doble biónico de Karamura cayó al suelo sin haber te nido tiempo de activar la fragmentadora.

De repente todos se pusieron en movimiento. Hubo gritos de mujeres, órdenes militares e interjecciones de hombres; en medio de una confusión generalizada. Sólo Antonio y John, que se unió a él, mantenían la calma. E, inmóviles, esperaban.

Por fin un hombre de cabellos blancos, que estuviera sentado a la izquierda de Karamura, se dirigió a ellos.

—Soy Paken, presidente del Consejo de Kálar. Tengo que agradecerle que nos haya salvado la vida y preguntarle cómo sabía usted que este terrestre...

El comandante le interrumpió señalando a los dos custodios de Karamura, sentados frente al biónico y que no había osado moverse de sus sitios.

—Antes que nada —dijo—, encarcele usted a estos hombres.

Habían llegado a la carrera un par de docenas de vigilantes armados con «minimis» y cuatro de ellos tomaban posiciones junto a los miembros del Consejo. Paken miró indeciso a Antonio, pareció dudar, pero por fin se decidió.

—Encarcelen a estos dos terrestres —ordenó a los vigilantes más próximos, señalando a los supuestos custodios—. Después presentaré los cargos. —Volvió a encararse con el héroe—, Y ahora, señor, si quiere darme usted una explicación de lo ocurrido...

—Le ruego que reúna al Consejo. Y no aquí.

* * *

—Esto es todo, señores. Puedo parecer fantástico, pero muchos de ustedes vieron a Karamura extraer una fragmentados de sus ropas.

El asentimiento fue general. Seis miembros del Consejo de Gobierno de Kálar habían escuchado en total silencio al liberador,

que comenzó su relato desde el momento mismo que pusieran los pies sobre suelo de Kálar.

El presidente Paken tomó la palabra.

—No es fácil expresar con palabras nuestro agradecimiento, comandante Rodríguez. No cabe duda que la inteligencia y decisión de usted y de su segundo, el capitán Garrison —éste, que no había abierto la boca, se inclinó agradecido—, han evitado, no sólo la muerte de unas docenas de seres, sino un odio que seguramente habría hecho que en la guerra entre la Tierra y Suvur volvieran a utilizarse armas nucleares, lo que sería sinónimo de destrucción total y definitiva. En cambio ahora podemos mirar con optimismo...

—Me temo que no, señor.

Paken, el resto de los miembros del Consejo y el mismo John, miraron sorprendidos al militar.

—¿Quiere usted decir...?

—Señor, una conspiración como la que hemos conseguido abortar no la pueden montar unos pocos hombres. En algún lugar de la Tierra el auténtico Karamura ha tenido que ser secuestrado y se le pudo mantener retenido el tiempo necesario para crear al biónico. Después, me duele decirlo, el extraordinario estadista que fue Toshio Karamura, tiene que haber sido asesinado. De acuerdo en que no todos los integrantes de la delegación terrestre están comprometidos en el complot, pero eso no significa nada. Una muy poderosa infraestructura ha planeado y realizado todo esto. Y yo no tengo dudas sobre quién es el cerebro de todo esto.

—¿Looner? —afirmó más que preguntar Paken.

—Sí, Looner. Un hombre muy poderoso porque todos los fanáticos le apoyan. El tiene que estar detrás de todo esto. Ha logrado convencer a una parte de los mandos militares sobre las presuntas intenciones suvurianas de convertir a la Tierra en un planeta esclavo...

—Eso no es cierto —interrumpió un miembro del Concejo de origen suvuriano.

—Por supuesto que no lo es —asintió el conferenciante—. Pero eso no lo saben todos en la Tierra. Looner se presenta, no como el sanguinario paranoico que es, sino como un padre y esposo que sólo quiere que su familia pueda seguir viviendo en paz y de acuerdo a las costumbres terrestres.

—No podrá seguir manteniendo esa ficción —objetó Paken— ahora que todos en la Tierra han visto lo que ha pasado. Primero han visto la imagen del falso Karamura disponiéndose a lanzar la fragmentadora, y después han oído el comunicado oficial que acabamos de transmitir, en base a la información que usted nos proporcionó.

Rodríguez sacudió la cabeza lentamente.

—Si las cosas están tan mal como me temo —replicó en voz baja —, puede que los terrestres no conozcan la verdad de lo sucedido.

Por segunda vez todos miraron sorprendidos a Rodríguez.

—Explíquese, comandante, por favor —pidió Paken.

—Puedo exagerar mis temores —admitió éste—, pero... ¿podríamos ver lo que está mostrando la totalvisión terrestre?

—Sí, por supuesto.

A una orden de Paken se corrió un panel y una pantalla que ocupaba toda una pared quedó al descubierto. Las luces se apagaron y se iluminó la pantalla.

Una multitud aparentemente enfurecida y gritando consignas que no llegaban a entenderse apareció en ella. Caminaban por la amplia avenida de una ciudad completamente en ruinas.

—La Quinta Avenida de Nueva York —murmuró John.

Después aparecieron multitudes similares recorriendo avenidas de otras ciudades también en parte o totalmente derruidas. Los que vociferaban eran negros, blancos y amarillos. Todos los habitantes de la Tierra.

Después cambió la escena a un estudio y un locutor comenzó a hablar. Antonio traducía velozmente sus palabras al suvterráneo.

—Esto que habéis visto es una pequeña parte de la unánime reacción de odio y furia que el increíble asesinato del campeón de la Paz, Toshio Karamura, a manos de un miserable traidor pagado por los imperialistas suvurianos ha provocado en nuestro pueblo. Claro que esta agresión no quedará impune. Nuestras naves cósmicas se preparan para vengar como se merece...

Siguió hablando un par de minutos más, y después comentó:

—Para que en todos quede bien grabada la escena en que el asesino traidor ex comandante Antonio Rodríguez, mata, por orden de los suvurianos, al campeón de la Paz, Toshio Karamura, volveremos a proyectar esas terribles imágenes.

En medio de un estremecido silencio, los miembros del Consejo de Kálar, Antonio y John, pudieron verse a sí mismos en la gran pantalla.

Las cámaras enfocaban a Karamura sonriendo primero y comenzando a levantarse después; en el campo visual apareció Antonio, Karamura acabó de incorporarse... y el falso camarero disparó dos veces sobre él. Karamura cayó hacia atrás, «muerto». La imagen siguiente mostró a los delegados de Suvur felicitando efusivamente a Antonio. Después volvió a hablar el locutor desde el estudio.

Se desconectó la pantalla y se encendieron las luces. Todos se miraron consternados, menos el comandante que asintió lentamente antes de hablar.

—Ya lo han visto —concluyó—. Mis peores temores se han confirmado. Con un simple par de cortes, han montado una historia completamente distinta. Yo maté a un Karamura que sólo se disponía a pronunciar un brindis, y los delega dos de Suvur me felicitan por el asesinato.,

Un largo silencio siguió a sus palabras. Por fin Paken se decidió a hablar.

—Esto puede ser el final —opinó—. Hay que hacer lo imposible para que el Gobierno de la Tierra sepa la verdad. Yo me pondré de inmediato en contacto con él.

—No le creerán —objetó Antonio.

—Pero debo intentarlo. Y sin perder un segundo.

Se levantó y estuvo fuera casi media hora. Cuando regresó todos pudieron leer el fracaso en su rostro.

—Tenía usted razón —dijo a Antonio con voz quebrada—. Muy diplomáticamente vinieron a decirme que lo que yo decía estaba muy bien, pero que ellos preferían creer a sus ojos y no a sus oídos.

—Esto es el final —repitió uno de los miembros del Consejo lo que antes dijera Paken.

—Y me temo que ya nada pueda hacerse —agregó otro.

—No estoy de acuerdo. Creo que aún puede intentarse algo.

Era Antonio y todos le miraron expectantes.

—¿Qué cree usted que puede hacerse? —preguntó el presidente, agregando—: Si no me han creído a mí, no es fácil que crean a otro.

—Creerán, si Looner confiesa la verdad.

—¡Pero eso es imposible!

—¡Nunca lo hará!

Todos, menos Antonio y John, participaron de la negativa. Cuando se rehízo el silencio, volvió a hablar el comandante.

—Por supuesto que Looner no confesará, si no se le obliga a ello. Pero, aun cuando no confiese, hay otros medios de hacer que los terrestres conozcan la verdad.

—¿Cuáles?

—Mostrar la película completa de la muerte del biónico...

—Creerán que es un montaje fabricado por los suvurianos —objetó Paken.

—Sí, es posible —admitió Antonio—, pero todavía hay otro medio de probar la verdad, y éste irrefutable.

—¿Cuál? —preguntaron varios a la vez.

—Encontrar, y mostrar al pueblo, el cadáver de Toshio Karamura.

Tras unos segundos de silencio, objetó uno de los presentes:

—Pero eso es imposible. Puede estar en cualquier parte de la Tierra.

Antonio Rodríguez respondió sin inmutarse:

—Todo consiste en obligar a hablar a quienes lo mataron y se deshicieron de su cadáver.

—¿Y quién podría lograr eso? —preguntó Paken.

—Yo podría intentarlo —fue la inmediata respuesta del comandante.

—Y yo te ayudaría a intentarlo —acotó John.

Paken, sacudió varias veces la cabeza antes de hablar.

—Es muy valiente de su parte, señores, pero... Hay tremendos problemas de todo tipo, empezando por los logísticos. Después, pretender que dos hombres solos... uno de ellos convertido por la infamia en un odiado traidor, pueden triunfar sobre un miserable que cuenta con un poder tan grande como el del propio Gobierno de la Tierra...

—Señor presidente —interrumpió el comandante—, en primer lugar, yo no dije que lograría el triunfo, sólo dije que intentaría lograrlo. Y, por otra parte, en una acción como la que me preparo a realizar, un ejército fracasaría, en tanto un hombre...

—Dos hombres —le corrigió John.

—De acuerdo —sonrió Antonio—, dos hombres tienen alguna posibilidad. En cuanto a los problemas logísticos que ha mencionado, señor presidente, se solucionarían si usted nos proveyera un vehículo capaz de llegar hasta la Tierra.

Paken, azorado, paseó la mirada entre sus compañeros del Consejo.

—Desde luego —dijo—, yo no puedo autorizar semejante cosa. No sé qué opinan ustedes...

—No podemos autorizarlo —corroboró otro; agregando, entre gestos de asentimiento de todos—: Y de ninguna manera toleraremos que intenten apropiarse de alguno de los cósmic que tenemos en el campo de Taran, a las puertas de la ciudad.

—Por supuesto, por supuesto —asintieron todos.

Tras unos saludos convencionales, ambos militares abandonaron la reunión.

—Les recuerdo la obligación que tienen de presentarse todas las mañanas en el cuartel de vigilantes más próximo a su domicilio —dijo Paken—. No les enviaremos a un campo de excombatientes en atención al relevante servicio que han prestado a la causa de Ia Paz.

En el exterior, John preguntó a Antonio:

—¿Directamente al campo de Taran?

El comandante negó con la cabeza.

—Antes quiero ver a Nera —dijo—. Por última vez.

* * *

—Así están las cosas, Nera. He venido a despedirme de ti.

—Antonio, no puedes... Vas a morir...

—Espero que no. Pero soy un soldado y tengo la obligación de cumplir con mi deber. Adiós, querida.

—Llévame contigo.

—¿Qué dices? No hablas en serio...

—Claro que hablo en serio. Llévame contigo.

—Sabes que eso es imposible. Adiós.

—Al menos, déjame acompañarte hasta el campo de Taran.

—Preferiría que no lo hicieras.

—No puedes negarme eso, Antonio.

—Está bien, ven con nosotros.

Emplearon un transporte subterráneo común y descendieron en la misma estación de Taran.

—De nada vale jugar al escondite —había dicho el comandante.

La inmensa base militar era también el principal aeropuerto cósmico de Kálar para la navegación comercial. Aunque muy restringida por la guerra, aún había algunos vuelos que conectaban con Suvur y, aunque menos aún, también con la Tierra.

—El sector militar está más lejos —indicó Nera, guiándolos a través de un inmenso vestíbulo casi vacío.

Por fin alcanzaron el sector reservado a las grandes naves cósmicas de las fuerzas armadas de Kálar. Unas fuerzas armadas muy reducidas en número, pero provistas del más moderno armamento no nuclear tanto de Suvur como de la Tierra, y que sólo se utilizaría en caso de ser atacado el planetoide, cosa que nunca había ocurrido.

Una nave destacaba de un grupo de tres, como si se la hubiera preparado para un inmediato despegue.

—No será fácil gobernarla entre los dos —dijo John, señalándola.

—Asegúrate de que todo está en orden en ella —respondió su jefe.

Ningún miembro de las fuerzas armadas estaba a la vista.

—Los miembros del Consejo han preparado bien las cosas —sonrió Antonio—. Ni un guardia a la vista.

—Es lo menos que podían hacer por vosotros —comentó Nera.

—Y ahora, querida, será mejor que te vayas.

—Sí…

Se abrazaron y se besaron; después, saludando con la mano pero sin mirar atrás, Antonio se dirigió a la- nave.

Caminando lentamente, Nera también se acercó a ella.

Tenía dos accesos, uno directo a la cabina de mando y otro en la panza del aparato y a popa; los dos estaban abiertos y con las correspondientes escalerillas. Antonio trepó por la de proa.

Viniendo de la zona del reactor encontró a John, interrogándolo con la mirada.

—Todo en orden —dijo el segundo—. Ni nuestros hombres lo habrían preparado mejor. No tienes más que oprimir el botón de contacto y esto se elevará como una pluma.

—De acuerdo; cierra las dos escotillas.

—Ahora mismo.

Un par de minutos más tarde, Rodríguez, sentado ante el panel de mandos y con el intercom conectado, oyó la voz de John.

—Escotillas cerradas. Reactor listo.

—En marcha —se limitó a decir el comandante.

El aparato empezó a elevarse, primero lentamente y de inmediato con creciente velocidad.

En la base comenzó a sonar una convencional e inútil sirena de alarma.

# CAPITULO VII

—¿Dónde crees que estará Looner?

Antonio no demoró la respuesta a la pregunta de su segundo.

—El Gobierno está instalado en las montañas del Himalaya y desde allí partió Karamura... Bueno, el biónico que intentaron pasar por Karamura. También en las bases secretas de las montañas están las mayores bases de naves cósmicas y los principales arsenales de armas nucleares. Así que la res puesta es bien sencilla: En algún lugar del Himalaya, muy próximo a la sede del Gobierno, estará Looner.

—Y allí vamos nosotros, claro.

—Claro.

Tras unos minutos de silencio en que los dos se abocaron a la contemplación de las pantallas de sus «chivatos», dijo el jefe:

—¿Habrán pasado nuestros amigos del Consejo de Kálar que necesitaremos armas?

Inconscientemente, John paseó la mirada en derredor.

—No esperarás que las dejaran tan a la vista —sonrió Rodríguez —. Ve a echar una ojeada por ahí.

—En seguida.

John no tardó mucho en volver. Desde las espaldas del comandante dijo con voz indescifrable:

—Antonio... Encontré más de lo que esperaba.

El otro se volvió sonriente.

—Me ale...

Y no llegó a decir que se alegraba porque cuando estaba a medias con la palabra descubrió que John no venía solo. Nera estaba con él.

—¡Pero cómo has podido...! ¡Esto es una locura! ¡Regresaremos inmediatamente...!

La chica aguantó la andanada con falsa cara de inocencia. Por fin Antonio le dio la espalda y se concentró o simuló concentrarse en los mandos. John guiñó un ojo a la chica y después se dirigió al otro en tono profesional:

—Encontré dos «minimis», dos disparadores y media docena de

fragmentadoras. Munición suficiente.

No obtuvo respuesta. En silencio, señaló un asiento a Nera y ocupó él el suyo. El comandante se mantenía en un furioso silencio, pero la nave seguía dirigiéndose a la Tierra.

* * *

—¿Has decidido el punto de aterrizaje?

Durante larguísimas horas, el más absoluto silencio había reinado en la cabina; ahora, muy próximos al aterrizaje, John hacía la pregunta.

—Hum —gruñó Antonio.

—¿Puedes decirme dónde, por favor, para que disponga lo necesario? —volvió a preguntar el segundo, con afectada humildad.

Su superior le premió con un gesto obsceno, lo que era buena señal. El hielo empezaba a derretirse.

—Descenderemos en la antigua pista de Lumpa; ya sabes, aquella meseta que alguna vez utilizamos para hacer prácticas de aterrizaje en emergencia.

—Sí, la recuerdo. Dispondré lo necesario.

Como respondiendo a un impulso repentino, Antonio se quitó el casco, se incorporó y caminó lentamente hacia Nera, que lo recibió con una sonrisa entre cariñosa y culpable.

—Perdóname —dijo muy suavemente.

El se detuvo ante ella y hasta intentó una sonrisa.

—No debiste hacerlo, pero ya no tiene remedio.

Ella se decidió a hablar:

—Te ruego que me comprendas, Antonio. Tú lo eres todo para mí. Pasé estos terribles años de guerra contando las horas, los minutos, que pasaran desde la última vez que nos vimos. Cuando llegaste, te creí recuperado para siempre y fui la mujer más feliz del Cosmos, pero después decidiste este viaje y... —se interrumpió, bajó los ojos, pero los volvió a levantar y miró decidida a Antonio—. Realmente, no creo que salgáis con vida de esta aventura. Y no quiero seguir viviendo si no es contigo. Por eso me oculté en la nave. Para vivir juntos o... para morir abrazados.

El, conmovido, la levantó suavemente y la estrechó entre sus brazos.

—Viviremos —susurró en su oído.

Hubieran seguido besándose, pero la voz de John les volvió a la dramática realidad.

—¡Tres minutos para aterrizar!

Como en toda nave cósmica, en la que habían «sustraído» a los de Kálar había una completa provisión de trajes térmicos. Vestidos con ellos y armados con disparadoras y fragmentadoras, más los «minimis» que portaba el comandante, se atrevieron a salir al nevado exterior.

No habían tenido problema alguno para tomar tierra porque los dos pilotos conocían perfectamente el lugar. La desolación, acentuada por la nieve y el viento que aullaba entre las cumbres, era total.

—¡Qué lugar más horrible! —exclamó Nera, hablando a través del micro interior.

—Lamento que empieces por aquí tu primera visita a nuestro hermoso planeta —bromeó John.

—De prisa —urgió Antonio, comenzando a descender por la ladera—. Tienen que habernos detectado y no tardarán en llegar.

Como una respuesta a sus palabras, el inconfundible sonido del rotor de un rastreador comenzó a oírse desde el norte.

El comandante señaló un saliente rocoso que formaba un voladizo.

—¡Allí! —apremió.

Se ocultaron bajo el techo natural. El pequeño aparato de observación evolucionó sobre ellos, evidentemente pasando información filmada de la nave cósmica posada en la meseta, y después se alejó.

—En pocos minutos llegará un aparato que pueda posarse en la meseta —dijo el comandante, pero nosotros estaremos lejos para entonces.

Nera, con un amplio gesto que abarcaba montañas, nieves y soledades, preguntó:

—¿Realmente crees que podremos alejarnos mucho en pocos minutos?

Antonio sonrió.

—Podremos, porque no iremos por ahí.

Sin hacer caso de la mirada sorprendida de la chica, reinició el

descenso por la abrupta ladera, pero sólo durante pocos metros. Al llegar a una pequeña plataforma, de no más de cuatro metros de largo por uno y medio de ancho, comenzó a hurgar con sus manos en la nieve que se aplastaba contra la pared rocosa.

—¿Qué haces? —preguntó atónita Nera.

Pero John, comprendiendo o recordando, se unió a él en la tarea.

Pronto una abertura pequeña, pero suficiente para permitir el paso de un ser humano, quedó a la vista.

—Las señoras primero —bromeó Antonio, haciéndose a un lado con una reverencia.

Se introdujeron en el túnel que, tras un par de metros, se agrandaba lo suficiente para permitir a los tres el caminar erguidos y juntos.

—¿Recuerdas este lugar? —preguntó Antonio a su segundo.

—Claro que sí. Me recuerda mi juventud.

Los dos rieron y después Antonio explicó a Nera el motivo de la diversión.

—La meseta donde aterrizamos la utilizábamos cuando éramos estudiantes para hacer prácticas de emergencia. Después había que descender varios cientos de metros por esa horrible ladera que has visto, hasta llegar a un túnel en el que esperaba un transportador. Pero John y yo descubrimos un día esta caverna, que conecta con el sistema defensivo de la montaña, y nos colábamos por aquí, evitándonos el descenso...

—No dejes el cuento por la mitad —intervino inesperada mente John.

—Bueno —admitió Antonio de mala gana—, en el punto en que esta caverna conecta con las construcciones, había un... un servicio de relax para los oficiales. Solíamos... detenernos unos minutos en él.

Nera iba a abrir su indignada boca, pero John se le adelantó, señalando una luminosidad que se veía al fondo de la caverna.

—Aquél es el túnel principal —anunció.

Como si de las aceras de una ciudad cualquiera se tratara, ambas márgenes del túnel contaban con transportadores en ambas direcciones. Guiados por Antonio, los tres subieron al que llevaba al corazón de la montaña.

—Ahora empieza el peligro —anunció el comandante—.

Nuestras ropas nos delatan. Pero no tenemos más remedio que seguir adelante, hasta el primer puesto de guardia.

—¿Y qué haremos allí? —preguntó Nera con acento preocupado.

—Ya lo verás —dijo John, al parecer muy divertido.

Vieron al centinela antes de ser vistos por él.

—Déjamelo a mí —susurró Rodríguez a su segundo.

Cuando el tipo vio por fin a los que se acercaban a él quedó por un instante como petrificado, pero de inmediato echó mano a su detonador, un arma larga y poderosa, mortal de necesidad a la distancia en que se encontraban.

Pero Antonio estaba preparado.

—¡Baje ese arma, centinela! —gritó—. Soy el comandante Rodríguez.

Si el soldado no había visto las noticias de la totalvisión, no se atrevería a enfrentarse a un superior; si las había visto, no perdería la oportunidad de pasar a la historia por haber reducido al primer traidor y asesino dé la Tierra.

Fuera por lo que fuera, el detonador siguió apuntando a los recién llegados, pero el Índice no oprimió el gatillo.

—Llévame ante tu jefe —ordenó Antonio.

Había una entrada excavada en la roca y el soldado gritó algo hacia el interior. De inmediato apareció un sargento. Tanto él como el soldado vestían los uniformes convencionales del ejército de tierra, una especie de mono enterizo de color verde oliva.

—Soy el comandante Antonio Rodríguez, del Cuarto Grupo Cósmico de Ataque —se identificó Antonio con voz de mando.

De inmediato fue evidente que el sargento sí había visto las noticias de la totalvisión.

—Tengo orden de detenerlo, comandante —dijo nerviosamente, mientras extraía una pistola y apuntaba con ella al aludido—. Entreguen sus armas.

Rodríguez cogió su «minimi» por el cañón y avanzó lentamente hacia el sargento. John hizo lo propio con su disparador, encaminándose hacia el centinela, que ahora apuntaba muy desconfiado con su detonador.

Mucho debieron tardar el sargento y el soldado en entender lo que ocurriera, porque de pronto la relativamente tranquila escena sufrió un violentísimo cambio.

Con la rapidez de un rayo, Rodríguez descargó la culata de su «minimi» sobre la mano del sargento que empuñaba la pistola, haciendo que ésta cayera al suelo. Como si de un solo movimiento se tratara, la culata se elevó bruscamente y golpeó la mandíbula del desconcertado suboficial, que se echó atrás con la cara contraída por el dolor. Un segundo culatazo dio con él en tierra, definitivamente fuera de combate.

John inició la acción simultáneamente. Cuando su jefe golpeaba la mano del sargento con la culata del «minimi», él, tras apartar de un manotazo el cañón del detonador que le apuntaba, dio una trompada en el plexo solar al centinela que le hizo doblarse en dos, y de inmediato golpeó con la culata del disparador la nuca que se le ofrecía.

—Debe haber más hombres dentro —susurró el comandante, entrando en el puesto de guardia.

—Si los hay, estarán profundamente dormidos, ya que no han oído nada —comentó Nera, al parecer muy animada por el espectáculo.

Como ella supusiera, Antonio encontró a dos soldados profundamente dormidos sobre sendas literas, en una de las cuatro pequeñas estancias que componían el puesto.

—¡Arriba! —ordenó con voz tonante, mientras les apuntaba con el «minimi».

Los dos se incorporaron de un salto y desorbitaron sus ojos ante el increíble espectáculo de un tío con uniforme y armas de otro mundo.

—No se asusten —intentó tranquilizarlos—. No soy un suvuriano ni ha empezado la invasión de la Tierra. Soy comandante de un Grupo Cósmico de Ataque.

—Usted es… —empezó uno de los soldados, pero de inmediato comprendió que era mejor callar.

Mas Rodríguez no dejó pasar la oportunidad.

—Sí, chico —dijo—, yo soy el que la totalvisión en manos de Looner presenta como asesino de Karamura y traidor al servicio de Suvur. Pero esa no es la verdad —los dos le miraban con evidente desconfianza y sólo el «minimi» les mantenía inmóviles—. La verdad es que Looner cambió al auténtico Karamura por un biónico, que se disponía a lanzar una fragmentadora para matar a la delegación

suvuriana y así conseguir que, por odio, se volviera a la guerra nuclear y a la destrucción total.

Miró a sus oyentes. Le escuchaban, no se movían, pero su rostro no revelaba credulidad. Y él no podía seguir perdiendo el tiempo.

—Voy a acabar con Looner —les dijo—, pero antes le obligaré a decirme dónde tiene al verdadero Karamura o a su cadáver. Así me creerán cuando cuente al Gobierno lo que realmente ocurrió en Kálar. Para eso necesito saber dónde está ahora Looner… —paseó ostensiblemente ante los dos el cañón de su arma—. Ustedes me lo van a decir. Ahora mismo porque no tengo tiempo que perder y porque, para lo que está en juego, comprenderán que la vida de ustedes dos no significa absolutamente nada.

Los dos se miraron. Antonio tensó ostensiblemente el índice que se apoyaba en el gatillo.

—Hoy habló desde la Fortaleza —balbució uno.

John hizo su aparición en ese instante.

—Son buenos chicos —dijo el comandante, señalando a los soldados—. Átalos a las literas, así podrán dormir hasta que los encuentren. Pero antes quítales las ropas.

Los dos le miraron con la boca abierta y los ojos desorbitados.

—Sólo se trata de vestirnos con ellas —les tranquilizó el comandante.

Pocos minutos más tarde, y tras dejar convenientemente atada y amordazada a la pequeña guarnición, los tres salían del puesto convertidos Antonio en sargento y Nera y John en soldados del ejército de tierra.

—¿Qué es la Fortaleza? —preguntó la chica, cuando los tres estaban dejándose llevar nuevamente por el transportador.

—Una de las primeras construcciones subterráneas que se hicieron en estas montañas —le respondió Antonio—. Tiene una antigüedad de, por lo menos, un par de siglos. Originariamente se la destinó a defender de un posible ataque terrestre o aéreo las pistas de aterrizaje y hangares de aeronaves que se iban a construir aquí, así que disponía de poderosos cañones nucleares que apuntaban al exterior. De ahí le viene el nombre de «Fortaleza». Pero, con el correr de los años, se vio que nadie atacaba, y la gran construcción pasó a ser sede del Estado Mayor Conjunto hasta que, hace una decena o más de años, quedó deshabitada.

—¿Por qué está Looner en ella?

—Eso demuestra el poder que ha conseguido sobre el Estado Mayor Conjunto y, seguramente, también sobre el Gobierno. No me cabe duda que hoy es quien realmente manda en la Tierra.

—Pero nosotros tres, con nuestros disparadores y fragmentadoras, y tu detonador, acabaremos con él —recitó John y los otros no tuvieron más remedio que sonreír.

En realidad, la disparidad de fuerzas parecía un tanto excesiva.

* * *

El mono enterizo y el casco que sólo dejaba libre el rostro hicieron que nadie advirtiera el sexo de Nera. El uniforme de las mujeres militares era muy distinto al de los hombres, por lo que era importante que no se descubriera la verdad.

Y a la chica le costaba disimular su asombro ante lo que estaba viendo. El túnel inicial terminó en un inmenso espacio abierto, iluminado como si se hallara en el exterior y bajo los rayos del sol, a cuyos lados había diversas construcciones, todas de carácter militar. Había un gran movimiento de hombres uniformados, algunos de los cuales controlaban la carga de misiles en un vehículo. Los explosivos, cuyo peso era de varias toneladas, eran llevados hasta el vehículo por robots.

—Sabes lo que eso significa, ¿no? —preguntó Rodríguez a su segundo, señalando los misiles.

—Que se están preparando para un ataque nuclear —respondió sordamente el interrogado.

El transportador les llevó por una brillantemente iluminada avenida subterránea, por cuyos carriles centrales circulaban a gran velocidad vehículos de varios tipos —entre ellos la versión terrestre de los giroscop—. Casi todos eran militares.

Desembocaron después de unos minutos en otro núcleo habitacional, pero éste lleno de escaparates de tiendas y con muchas mujeres circulando por las aceras.

—Aquí vive el personal civil y muchas familias de militares —informó John a Nera—. Hay veinte centros comunales como éste en la montaña. Diez mil civiles viven en cada uno de ellos.

—Pero todo esto no se construyó desde la guerra —se sorprendió

Nera—, ¿por qué lo hicieron?

Antonio tomó la palabra, mientras el transportador los alejaba del centro comunal.

--No sé si sabes que, hace algo más de quinientos años, tuvimos nuestra última guerra civil; mejor dicho guerra fratricida, y esa fue nuclear. Nuestros antepasados empezaron por construir refugios nucleares en las montañas y, después de la guerra, los sobrevivientes se «enterraron» en las entrañas de la Tierra para escapar de las radiaciones. Así fueron acostumbrándose a vivir en lugares como éstos. Después, con el correr de los siglos, fueron construyéndose verdaderas ciudades subterráneas, preparadas para sobrevivir a una guerra nuclear. Y eso es lo que ha ocurrido ahora; Las ciudades exteriores están destruidas en un noventa por ciento, pero aquí abajo la vida sigue casi normalmente.

Llevaban bastante tiempo deslizándose a la vera de la avenida siempre brillantemente iluminada, pero ahora mucho menos transitada, cuando al frente y todavía lejos, apareció ante los ojos de los tres una mole de cemento.

—La Fortaleza —anunció Antonio, señalándola con la barbilla.

—Ahora sólo nos falta entrar, dominar a la guardia y acabar con Looner —ironizó John.

—Te olvidas de una cosa —le recordó su jefe.

—¿Qué?

—Antes de acabar con Looner tenemos que encontrar a Karamura.

—También eso —se condolió el segundo.

# CAPITULO VIII

—Si la Fortaleza se supone que es inexpugnable, ¿has pensado cómo lograremos entrar? —siguió ironizando John.

—Eso es lo más sencillo —respondió sin vacilar el comandante—. Entraremos por la puerta.

Sus amigos lo miraron sorprendidos, pero él en dos palabras les explicó el plan que había ideado para entrar... si es que plan podía llamarse.

El «minimi» ahora lo empuñaba Nera y con él apuntaba a la espalda de Antonio, por otra parte también apuntado por el disparador de John y aparentemente desarmado él mismo. Así llegaron ante la guardia de la Fortaleza, que se protegía dentro de una casamata de la que emergían los cañones de dos «minimis».

—¡Hemos cazado al traidor Rodríguez! —gritó a voz en cuello John a los cañones.

No hubo respuesta ni se vieron rostros humanos, pero un haz de luz salido de alguna parte de la casamata dio de lleno en la cara de Antonio que, por supuesto, «se dejó ver».

La obvia confrontación con la «memoria» debió ser positiva porque las herméticas puertas de la Fortaleza, de acero y sin fisuras, comenzaron a abrirse lentamente.

—Entrad despacio y guardad las armas tras pasar la puerta —dijo una voz ampliada y metalizada por la megafonía.

Hicieron lo que se les mandaba y las puertas volvieron a cerrarse a sus espaldas.

Un capitán sin armas en las manos, pero flanqueado por un sargento y un cabo con disparadores, se plantó ante ellos.

—Identifíquense —ordenó a John y Nera.

Estaban preparados para hacerlo.

—Soy el capitán John Garrison y ésta es la navegante Carla Knudsen. Pertenecíamos a la tripulación de la nave CO K Doscientos diecisiete, que comandaba el traidor Rodríguez. Nosotros...

—¿Por qué visten uniformes de soldados y el traidor de sargento?

—Le explicaré, capitán. Nosotros, como el resto de la tripulación,

ignorábamos las intenciones del traidor, por eso no pudimos evitar que asesinara a Karamura. Después, cuando algunos tripulantes hubieron muerto y otros caído prisioneros, el traidor, creyendo que nosotros éramos sus incondicionales, nos explicó sus verdaderas intenciones, que eran asesinar a Looner. Simulamos apoyarle, asaltamos un puesto para hacernos con estos uniformes y, cuando vimos nuestra oportunidad, le quitamos las armas y lo condujimos aquí. Yo creo que Rodríguez, además de traidor, es loco —concluyó John, haciendo girar su índice izquierdo sobre la sien correspondiente.

—Vigílenlo —ordenó el capitán a sus subordinados, y, dando media vuelta, se introdujo en la casamata de guardia.

Volvió a salir un par de minutos más tarde.

—Llévenlo ante Looner —dijo a sus hombres, señalando a Antonio—. Ustedes vengan conmigo —agregó, para Nera y John.

En su despacho de guardia les sirvió sendos vasos del estimulante vik, bebió él también y después dijo:

—Han hecho un buen trabajó. Looner les verá después de «despachar» con el traidor.

—¿De despachar con el traidor o de despachar al traidor? —preguntó John y todos rieron.

Luego Nera dijo que estaba un poco cansada y ella y John fueron acompañadas al sector de oficiales, donde les fueron asignadas dos habitaciones. No bien se retiró el suboficial que les guiara, los dos se reunieron junto a la puerta que comunicaba los cuartos, y sonrieron.

—De momento, las cosas no van mal —dijo John.

—Habrá que ver cómo le van a Antonio —murmuró Nera.

* * *

Antonio estaba ante el todopoderoso Looner. Un hombre muy alto, flaco, con un rostro duro, coronado por una mata de cabellos de un rubio desteñido y con una nariz marcada mente aguileña. La frente amplia podía indicar inteligencia, pero los labios casi inexistentes de tan finos hablaban de crueldad. Dos hombres armados con versiones más manuables de «minimis» y sin uniforme militar, estaban a sus espaldas, apoyados contra la pared. Looner, sentado en un mullido sillón contemplaba al comandante como el

entomólogo que observa un insecto despreciable a través del tubo de un microscopio.

—Conque usted es el miserable que ha matado a Toshio Karamura —dijo Looner, después de un larguísimo silenció—. El hombre que obliga a la Tierra a volver a la guerra nuclear es un pobre imbécil a quien dos de sus tripulantes, uno de ellos mujer, aprisionan como si de un soldado borracho se tratara.

Antonio le escuchaba en silencio. Aunque su expresión era reconcentrada y hasta con un pequeño toque de miedo, en realidad estaba contento. Uno de los principales motivos de alegría era el tener un reloj sobre el escritorio de déspota, frente mismo a sus ojos. Cuando las agujas hubieran avanzado veinticinco minutos más...

Pero aún faltaban veinticinco minutos.

—Tú eres demasiado imbécil para haber actuado solo —siguió Looner, rebajando a Antonio a un insultante tuteo—. Quiero saber para quién trabajas. Quiénes son tus jefes. Me lo vas a decir, aunque ahora puedas pensar que no hablarás. Tengo medios para hacerte hablar. Y voy a emplearlos.

* * *

—Tenemos tan poco tiempo —se dolió Nera—. Y no podemos ponernos a buscar por toda la Fortaleza. Eso nos llevaría días.

—Por supuesto que no. Tenemos que idear algún medio...

Las miradas de los dos recorrían el vacío corredor y el interior del cuarto de John, junto a cuya abierta puerta estaban, como si de esos lugares esperaran que llegara una respuesta.

Y llegó.

—Mira —indicó Nera, señalando una botella de vik puesta sobre una mesa, junto con dos vasos.

John la miró interrogante.

—Si lográramos hacer beber a la persona indicada...

El segundo corrió a coger la botella y salió al corredor con ella bajo el brazo.

—Ahora sólo nos falta encontrar a la persona indicada —bromeó, como era su costumbre.

* * *

—Mira, idiota, yo no soy de esos hipócritas que dicen que no les gusta la violencia. A mí me gusta cuando es necesaria y se aplica correctamente. Pero lo que no me gusta es perder el tiempo. Por última vez, ¿quiénes son tus jefes? Y sabes que me refiero a tus jefes terrestres, porque tú y yo sabemos que tus jefes están aquí y no en Suvur. Así que... ¡habla!

—Actué por mí cuenta. No tengo jefes.

Looner miró a sus secuaces.

—Háganle una «pasada» suave —dijo, acompañando sus palabras de lo que él podía considerar como una sonrisa.

Uno de los hombres manipuló brevemente en su arma; después apuntó con ella al pecho de Antonio y apretó el gatillo antes que el comandante tuviera tiempo de reaccionar.

Un rayo de fuego le atravesó. Todos sus músculos entra ron en violenta contracción y la cabeza pareció ir a estallarle por la vasoconstricción.

Tal vez el efecto no durara más de un par de segundos, pero fue un lapso de tiempo en que Antonio deseó inconscientemente morir para evitar tanto y tan horrible sufrimiento.

Trastabillando, pudo apoyarse contra el respaldo de un sillón; allí, ahogándose en el esfuerzo de llenar de aire sus pulmones, logró recuperarse lentamente.

Looner lo observaba divertido.

—Y esto es sólo el principio —anunció jovialmente, y de inmediato, con voz dura, comunicó—: ¿Vas a hablar?

Rodríguez miró el reloj: Faltaban diecinueve minutos. Toda una eternidad de sufrimiento...

—¿Vas a hablar?

Permaneció en silencio.

* * *

—Bébete otro vasito.

—Oye, que me vais a poner perdido...

—Pues, si te pierdes, te encontramos y te volvemos a perder...

—Eh, tú también estás...

—Sí, yo también estoy. Y ésta. Y todos estamos...

Era un simple cabo del servicio de limpieza, pero no había encontrado otro mejor. O eran oficiales con aspecto de muy importantes, o eran simples soldados. Un cabo de limpieza podía saber muchas cosas. O ninguna.

Mientras el tipo no acababa de emborracharse, Nera echó una fugaz mirada al reloj. Sólo les quedaban diecinueve minutos. ¿Cómo lo estaría pasando Antonio?

—¿Que dónde escondería yo un cadáver? —estaba diciendo el cabo a John.

La chica prestó oídos. Su compañero había empezado el ataque.

—Sí, eso es lo que he dicho. Que dónde esconderías tú un cadáver. Quiero decir aquí, en la Fortaleza.

El cabo, con ojos nublados por el vik, intentó mirarle fijamente, consiguiéndolo sólo a medias.

—¿Y pa...? ¿Y para qué quieres saberlo? —articuló.

—Porque quiero matar a ésta —John señaló a Nera, que simuló indignarse y hasta pegarle—, y no sé dónde esconder su cadáver.

Al cabo la salida le resultó graciosísima.

—Ja, ja, ja... La va a matar a ella y no sabe dónde esconder el precioso cuerpecito... —Señalaba a Nera y asentía con la cabeza—. ¡Pues yo la escondería en mi cama, pero antes de matarla, ja, ja, ja!

Furioso, John le obligó a beber otro vaso bien lleno de vik.

Nera comprobó angustiada que sólo les quedaban dieciséis minutos.

* * *

Antonio estaba caído en el suelo. El rayo hacía más de un minuto que había dejado de pasar por su cuerpo, pero aún duraba la tremenda contractura. El dolor había alcanzado el límite de lo humanamente tolerable, pero no había alcanzado el umbral necesario para la liberadora inconsciencia. Todo estaba perfectamente graduado.

—¿Vas a hablar?

Silencio.

—Tú no me interesas. Habla y saldrás vivo. Vivo y libre. ¿Qué puede interesarme a mí tu insignificante vida? Habla, estúpido. Pero hazlo ya mismo.

Antonio, con gran esfuerzo, logró enfocar la vista en la esfera del reloj.

Aún faltaban catorce minutos.

—¡Habla!

No abrió la boca.

* * *

—En las bóvedas de seguridad. Yo escondería un cadáver en las bóvedas de seguridad. Allí no entra nadie...

—¿Y dónde están esas bóvedas?

El cabo, ya muy borracho, señaló el piso de concreto con el pulgar.

—¿Más abajo, quieres decir? —interrogó ansioso John. El otro asintió varias veces con la cabeza.

—Llévanos a ellas.

Negó con la cabeza.

—No se puede entrar.

—Llévanos hasta donde se pueda Intentó levantarse refunfuñando, pero cayó nuevamente sobre su taburete. Nera y John le cogieron por las axilas, lo levantaron y lo obligaron a guiarles.

—Por aquí... Por aquí... —canturreaba el borracho, mientras los llevaba por un largo corredor abovedado.

Bajaron dos tramos de plano inclinado y por fin dieron ante una puerta blindada custodiada por dos hombres armados.

Los centinelas miraron atónitos a los recién llegados.

—¡Eh, vosotros...! Oye, pero si es el cabo Actis. Menuda trompa... ¿Y vosotros quiénes sois?

—Capitán John Garrison y navegante Carla Knudsen. Tenemos orden de Looner de entrar en las bóvedas y llevar allí a. Actis.

—¿Sólo por una borrachera? —rió uno de los guardias.

El otro no reía, simplemente empezó a alzar su arma para apuntar a John.

—No les creo una palabra... —empezó a decir, pero el capitán arrojó sobre él el cuerpo fláccido del cabo Actis, en tanto Nera ponía su disparador contra el pecho del otro centinela.

Antes de que los dos se repusieran de la sorpresa, estaban desarmados.

—Oíd, chicos —les advirtió John—, no queremos mata ros, pero lo haremos si nos obligáis a hacerlo.

—Abrid esa puerta —completó Nera.

—Eso es imposible...

John apuntó al que hablara con el arma que acababa de arrebatarle. El cuerpo inconsciente del cabo borracho estaba ahora caído entre los dos.

—Escucha —urgió el capitán—, tienes un segundo para abrir la puerta. Si no lo haces, te mataré a ti y nos la abrirá tu compañero. Nosotros servimos al Gobierno de la Tierra. Looner es un traidor que ha matado al verdadero Karamura y...

—No pierdas más tiempo —interrumpió inesperadamente Nera —. Mátalo y que nos abra el otro. O mataremos a los dos y nos las arreglamos para abrir nosotros.

La intervención no programada de la chica, que incluso sorprendió a John, aterrorizó a los dos centinelas.

—Aguarde... Abriré... —murmuró el directamente amenazado por John.

* * *

Aún en su estado de obnubilación casi total, Antonio comprendió que no podría aguantar mucho tiempo más. Intentó hacer creer a sus torturadores que estaba inconsciente, para retardar aunque no fuera más que un minuto el envío de ese rayo que, por el camino del dolor y la contracción, terminaría por acabar con su vida, pero los tipos no se dejaban engañar.

—Ya está despierto.

—¿Vas a hablar?

Abrió los ojos. Aún siete minutos más.

—¿Vas a hablar?

Cerró los ojos.

* * *

John y Nera dejaron al cuerpo del cabo atravesado ante la puerta y se internaron por una iluminada aunque estrecha galería. Aunque a su pesar, los centinelas les servían de guías. —Llevadnos donde

entierran a los muertos.

Tuvieron que bajar, no por un plano inclinado móvil, sino por una antigua escalera de las llamadas de caracol. Dos largos tramos.

—Aquí se entierra.

—Muéstrame los últimos enterramientos.

Dos eran muy recientes. Uno llevaba el nombre del sargento Avelino Herrero y, el otro, ninguna inscripción. Aunque había otras tumbas más viejas sin inscripción, no dudaron.

Ayudado por los soldados, John levantó la pesada tapa de cemento. Apareció un ataúd que no fue difícil abrir.

Ante los ojos de todos, en incipiente estado de descomposición, pero fácilmente reconocible, apareció el rostro tan conocido por todos de Toshio Karamura.

—Ya lo estáis viendo —dijo John a los soldados, que miraban estupefactos—. Looner mató a Karamura y envió un biónico a Kálar para matar a los delegados suvurianos y provocar una guerra total. El comandante Rodríguez lo impidió, destruyendo al biónico. Ahora tenemos que comunicar de inmediato con el Gobierno, para que envíe tropas y reduzca a Looner y a los que le apoyan. Y tenemos que rescatar al comandante.

—Cuenten con nosotros —dijo uno de los soldados, y su compañero asintió.

* * *

Había vuelto a pasar el rayo por su cuerpo y ya nada más podía afectarle. Era curioso, pero ahora tanto le daba que volvieran a torturarlo o lo dejaran tranquilo. Había llegado a! punto límite en que se encuentran, como en una encrucijada final, el dolor, la razón, la locura y la muerte.

Pero su cerebro pugnaba por hacer llegar un mensaje a sus sentidos. Algo tenía que hacer, algo que era muy importante, vital, imprescindible.

Por fin sus células recordaron. Sí, claro, tenía que mirar el reloj y, si era la hora, sacar el disparador de donde lo tenía bien oculto entre sus ropas, matar a los torturadores y reducir a Looner hasta la llegada de sus amigos o, si se resistía, matarlo también.

Distorsionando la cara, entre las risas de los torturadores, logró

fijar la vista en el reloj.

Parecía que...

Sí, ya era la hora. Incluso la aguja había corrido casi un minuto más de lo necesario. Bien, la tortura había terminado. Ahora empezaba su tiempo de venganza o de justicia.

Su cerebro ordenó al brazo derecho que condujera la mano hasta el interior del uniforme, pero el brazo no obedeció. Llegó a moverse algo, pero mucho menos de lo suficiente. Lo intentó otra vez, pero con igual resultado. Y otra vez más.

Por fin tuvo que admitir que era inútil el esfuerzo. Nunca llegaría hasta el disparador. Lo mejor era dejarse morir.

—¿Qué hacemos, jefe? —oyó que decía uno de los torturadores.

—No va a hablar por este medio. Que lo sinteticen.

—Eso llevará algún tiempo. Tiene que reponerse algo. Sintetizarlo ahora no valdría de nada. Ya nos ocurrió otras ve ces. En cuanto actúa el sintetizador, en lugar de decir cosas verosímiles, los tipos que están como éste dicen cualquier cosa hasta que se mueren.

—Llévenselo y ténganlo el tiempo necesario en reposo. Después...

Uno de los torturadores se había inclinado sobre Antonio y pareció auscultarle el corazón y atender a sus constantes vitales.

—Me parece que éste no sale, jefe —fue su diagnóstico.

Antonio oía todo, pero cada vez más confusa y débilmente.

—¿Crees que va a morir?

—Si no lo sometemos ahora mismo a reanimación, sí.

—No vale la pena. En realidad, poco me interesa lo que pueda decirme. Sé quiénes son mis enemigos y, no bien empiece la guerra nuclear, que será mañana mismo, me desharé de ellos. Mañana la Tierra y muy pronto todo el Cosmos, será mío.

Antonio, en un último destello de lucidez, intentó llevar la mano hasta el arma, pero fue imposible. Definitivamente imposible.

—Mejor será que acaben con él ahora mismo —alcanzó a oír.

Después unas detonaciones, y nada más.

# EPILOGO

—Conque llegasteis a tiempo...

—A la vista está que sí.

Nera y John estaban sentados y muy sonrientes a los pies del lecho en que Antonio se reponía lentamente de la brutal agresión a que Looner lo sometiera.

—¿Y decís que ese miserable pidió por favor que no le matarais?

Nera asintió.

—Cuéntaselo tú, John —invitó.

—Pues verás, después de descubrir el cadáver de Karamura, los soldados nos condujeron a una estación de comunicaciones donde, entre explicaciones y amenazas, pudimos contactar con el Gobierno. Aclarado todo lo de Looner y en marcha un destacamento militar, los soldados que nos acompañaban explicaron lo sucedido a su superior inmediato y éste se puso de nuestro lado, prometiendo lograr que hiciera lo propio toda la guarnición de la Fortaleza, por supuesto engañada por Looner acerca de sus verdaderas intenciones y actividades, así que pudimos dedicarnos a ti.

—Como hubierais esperado un poco más...

—Pero no esperamos. Felizmente, vaya. Tú estabas caído, creo que pensaban rematarte, pero no tuvimos tiempo de preguntarlo. Matamos a los dos torturadores cuando intentaron dispararnos y entonces el gran Looner va y se pone de rodillas...

—¿De veras?

—Como lo oyes. Así son esos asesinos. Se pone de rodillas y nos pide por favor que no lo matemos. No lo matamos, lo entregamos al Estado Mayor. Con la prueba del cadáver de Karamura y varias declaraciones muy oportunas, el juicio duro un día. Fue condenado a la desintegración. El tribunal dijo que ni el polvo de sus huesos debía subsistir. Así que lo desintegraron ayer. En cuanto a ti... —Miró a Nera—, Pero eso mejor díselo tú.

—Que te han nombrado sucesor de Karamura en las negociaciones de paz, así que... Bueno, yo pensaba...

Antonio la miró desconcertado.

—¿Qué es lo que pensabas?

Ella le dedico una larga sonrisa.

—Pues que la boda podría celebrarse en Kálar.

—Lo que militarmente llamaríamos un «contacto en Kálar» —aclaró John.

Abrazando a Nera, Antonio expresó su aprobación al «contacto».

**FIN**